

EL COJO ILUSTRADO

Año II

15 DE SETIEMBRE DE 1893

Nº 42

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO-CARACAS-VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO



DECLARACION DE AMOR. — Dibujo de Heinrich Lossow

SUMARIO

TEXTO.—Don Ramiro Gil de Uríbarri, por H. O.—Recuerdos, por Blanca.—El bello sexo artístico.—Doctor Manuel María Urbaneja, por G. J.—El concurso de las Charites, por el Doctor R. Villavicencio.—Pbro. Doctor Manuel Gámez, por Eduardo M. Díaz.—Mi valle, por el Doctor F. de P. Álamo.—Leyenda histórica, por Pedro Manrique.—El tintero—La pluma.—El papel.—El hombre, por el Doctor Andrés A. Silva.—Carta á la Academia de la Lengua, por Felipe Larrazabal, hijo.—NUESTROS GRABADOS.—Cuadros caraquetos, por N. Bolet Peraza.—Necrologías.—Bibliografía.—Hojas sueltas, por el Doctor Domingo Alas.—Revista de la Quincena, por Eugenio Méndez y Mendoza.—Los dos Mesones, por Alfonso Daudet.—El Pescador de Islandia.

GRABADOS.—Declaración de amor, dibujo de Heinrich Lossow.—Don Ramiro Gil de Uríbarri, de fotografía.—El bello sexo artístico, de fotografía.—Doctor Manuel María Urbaneja, de fotografía.—Pbro. Doctor Manuel Gámez, de fotografía.—Laguna de Valencia, de fotografía.—El consuelo de la vida, por Cencetti.—Dátiles y Cardones de Puerto Cabello, de fotografías.—Plaza Bolívar de Valencia, [Venezuela] de fotografía.—Paso Real en Puerto Cabello, [Venezuela] de fotografía.—Plaza Falcón y Alameda Falcón en Coro, [Venezuela] de fotografías.—Antiguo Mercado de Caracas en la hoy Plaza Bolívar.—Entrada al túnel de Boquerón, de fotografía.—El Círculo, vals por H. O.—Antiguos tipos populares de Caracas: El poeta Landaele.

DON RAMIRO GIL DE URÍBARRI

No por sus credenciales diplomáticas ni por sus antecedentes de buena ley, sino por los méritos con que aquí se ha señalado de caballero culto, bondadoso, instruido é inteligente, es por lo que el señor Don Ramiro Gil de Uríbarri ha conquistado en la sociedad caraqueña puesto principalísimo y ha obtenido el aprecio y la amistad sincera de cuantas personas le han tratado.

Al ver los modales distinguidos del señor de Uríbarri, al considerar el tino característico de su trato y al oír su conversación fácil al par que amena é instructiva no puede uno menos de pensar: "He aquí una persona que nació para la carrera que ha seguido [lo cual, á la verdad, sucede raras veces], pues quien tales cualidades posee tiene que ser buen diplomático."

Y en efecto, con notable buen éxito ha dedicado el señor de Uríbarri sus estudios y aptitudes á la difícil carrera que hubo de empezar en China hará cosa de veinte y siete años.

De allí, donde pasó nada menos que diez, salió para recorrer varios países de la India en misión especial de su Gobierno, y sucesivamente ha estado desempeñando cargos de primera categoría en casi todas las cortes de Europa.

De carácter sencillo y franco y de corazón generoso y caritativo, el señor de Uríbarri ha hecho todo el bien que ha podido y, como es natural, al partir de los distintos lugares en que ha estado, sólo ha oído frases de cariño y sinceros deseos de verle pronto regresar á ellos.

Para comprender la cantidad de conocimientos que atesora este distinguido caballero, baste saber que ha visitado las cinco partes del mundo y que ha dado por tres veces la vuelta al mismo.

Hoy es en Caracas Ministro Residente de S. M. C., cargo que ha desempeñado por el espacio de dos años, y del cual se retira, fácil es comprenderlo, con no poco sentimiento de los amigos que aquí deja.

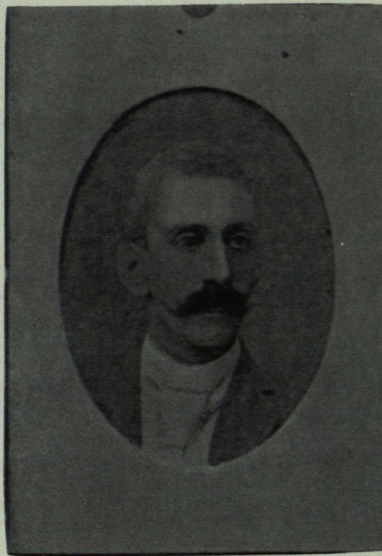
Dejemos á EL COJO ILUSTRADO, deseoso siempre de honrar los méritos de las personas que se hayan hecho acreedoras á ello, ya sean nacionales ó extranjeras, publicar el retrato del señor de Uríbarri y dar á conocer así sus rasgos fisionómicos; y pasemos nosotros, con toda la inexperiencia pero buena voluntad de nuestra pluma, á reseñar la linda fiesta de campo que en obsequio del apreciable caballero español tuvo efecto en "Bello Monte" el domingo 27 del pasado agosto.

Un grupo de ocho ó diez familias de las más distinguidas de Caracas y que por su cultura, estrecha unión y espíritu de colectividad ha venido á formar él solo uno de los círculos más animados y agradables de esta sociedad, se propuso manifestar con motivo de la próxima partida del señor de Uríbarri, á cuánto alcanzan las simpatías y el cariño que éste ha sabido granjearse, durante su permanencia en Caracas, entre las personas que aquel círculo componen.

Optóse para tal demostración por un picnic por parecer tal fiesta más original, y así se llevó á cabo en "Bello Monte", como ya dijimos, en la casa del señor Juan Casanova que éste cedió al efecto bondadosamente.

El día bellissimo, la animación general, una bien organizada orquesta y la exquisita atención de las familias obsequiantes, eran más que motivos suficientes para que transcurriesen

"Rápidas al pasar y halagadoras
Las no contadas horas."



DON RAMIRO GIL DE URÍBARRI

Ministro Residente de S. M. C.

El almuerzo—nada más natural—era una de las mejores cosas de las fiestas. En él el señor Pedro Ezquiel Rojas á nombre de las familias obsequiadoras y con elegantes y cortas palabras ofreció el obsequio al señor de Uríbarri, y éste con frases en extremo sentidas, como de buen aragonés, dió las gracias por la distinción de que era objeto, y manifestó su aprecio y cariño hacia las personas allí reunidas que le habían dado tan buenas pruebas de amistad y que ocupaban ya en su corazón puesto más de parientes que de amigos.

Serían las seis de la tarde cuando empezó á retirarse la concurrencia después de haber gozado del baile hasta el último momento y en extremo satisfecha por el buen éxito que había obtenido la lucida fiesta.

Nosotros, al ver al señor de Uríbarri lleno de efusión dar de nuevo las gracias á aquellos sus buenos amigos, y al considerar en éstos los sentimientos de la más sincera amistad por el distinguido huésped, hubimos de traer á la memoria aquel hermoso pensamiento que dice:

"Ni la distancia ni el transcurso del tiempo disminuirán nunca la amistad de los que se hallan íntimamente persuadidos de merecerla mutuamente."

3 de septiembre.

RECUERDOS

Nunca podré olvidar aquella mañana en que disipadas las sombras de una terrible tempestad, salí al campo que me atraía por su indescriptible hermosura. El cielo estaba espléndido. Los pájaros gorjeaban alegremente y los árboles, al menor estremecimiento, dejaban caer las gotas de agua que se detenían en sus hojas.

Deleitábame en la contemplación de nuestra naturaleza, siempre pródiga, cuando de improvviso me interrumpió la voz de una anciana que decía: "Mirad, mirad mis pichoncitos cuán alegres están," y me señalaba una jaula, cárcel de cuatro tortolillas.

"Esperad un momento y veréis cómo viene la madre y los acaricia tiernamente. Los cojió en la montaña, y ella, saltando de rama en rama, sin temer la fatiga ni los peligros, me ha seguido. Los coloqué en ese árbol, y sólo los abandoné para buscarles la semilla que ha de sustentarlos." Y así fué: á poco pude ver á la cariñosa madre que traía en el pico el alimento de sus pequeñuelos. ¡Cómo piaban al verla los pobres prisioneros! ¡Con cuánta ternura la fiel avecilla procuraba endulzar su existencia! ¡Cómo se complacía en limpiar las nacientes plumas de sus tortolitas, y pretendía, la incauta, enseñarles á emprender su primer vuelo! Ay! pobre madre, que no comprendía que el destino de aquellos seres estaba sujeto al capricho de la anciana y que quizá en su corta vida no conocerían los goces de la libertad.

¡Qué espectáculo tan bello, tan conmovedor! El amor de madre se manifestaba como siempre, sublime.

Aquel sér irracional, sin cuidarse de sus placeres, se constituía en guardián de sus hijos, y era su único afán comunicar encanto á la vida de sus tiernas avecillas.

A la vista de aquel cuadro encantador, cuántos recuerdos asaltaron mi mente, cuántos sentimientos se despertaron en mi corazón. Pensé con gratitud en los tiernos cuidados que en mi infancia me prodigó mi madre. Sus desvelos, sus angustias, sus alegrías, sus esperanzas, todo, todo lo recordé en aquel instante y desde el fondo de mi alma bendije á Dios, que en su bondad infinita puso en el corazón de las madres ese amor que nunca se agota, que lo mismo en la prosperidad que en la desgracia tiene palabras de consuelo y de esperanza; fuente de nobles virtudes que inspira á las madres los más grandes sacrificios por la dicha de sus hijos.

Ese amor que en la niñez forma nuestra única ambición y que más tarde es el consuelo de nuestra vida en las luchas que tenemos que sostener contra los rigores de la suerte, y que aún para aquellos que han tenido la irreparable desgracia de perderlo, es como precioso talismán que despierta en el alma los más sublimes recuerdos de abnegación y de ternura.

Henchido el corazón de vivo reconocimiento pedí á Dios, con todo el fervor de mi alma, vertiese sobre aquellos que han sido los ángeles protectores de mi vida, todas las bendiciones del cielo.

BLANCA.

H. O.

4 de setiembre de 1893.



"EL BELLO SEXO ARTÍSTICO"

(Sociedad Musical de Valencia-Venezuela)

"EL BELLO SEXO ARTISTICO"

[SOCIEDAD MUSICAL DE VALENCIA]

En una suntuosa festividad consagrada al Corazón de Jesús, se ha exhibido en el coro de la Iglesia Matriz de la ciudad de Valencia una sociedad musical de señoritas valencianas, cuyo suceso ha llamado naturalmente la atención y merecido con justicia muy sinceros aplausos, así por el delicado espíritu que ha informado la creación del nuevo civilizador instituto, como por la habilidad y talento que han mostrado las personas que lo componen.

El origen de la referida sociedad musical lo diremos en síntesis:

Un día del año de 1891 varias señoritas habían acudido á la casa del maestro Soler con motivo de un ensayo musical: tardaban en llegar los artistas que habían de ejecutar, cuando impacientada la espiritual señorita Epaminondas López Pulicani tomó uno de los instrumentos que había en la sala, y excitando á sus compañeras á imitarla, les dijo: ya que los hombres tardan, constituyamos la orquesta las mujeres.

Aquello no era sino un arranque de espiritualidad, que todas las señoritas aplaudieron.

—Pero viéndolo bien—cotinuó diciendo la inspirada señorita López Pulicani—¿no podemos nosotras las mujeres tocar los instrumentos en que ejecutan los hombres? ¿Será el piano el único instrumento que dominen nuestras facultades?

—Cómo no hemos de poder, contestaron en coro las demás señoritas.

Y apoyado por todas ellas, y en especial por las señoritas Teresa Boggio, profesora de piano, y Caridad Soler, comenzó á tomar formas el pensamiento de Epaminondas.

—¿Y tendríamos quien nos dirija y, sobre todo, quienes secunden nuestra idea?—dijo otra de las señoritas.

—Otra contestó: el maestro Rius, acaba de llegar á Valencia, y será nuestro director: las señoritas González Guinán, que á todo lo noble se prestan, serán nuestras más eficaces colaboradoras.

Pocos días después, el pensamiento de la señorita López Pulicani tomaba formas concretas, y bajo la dirección del maestro Rius se instalaba la Sociedad musical, que tomó el nombre de *El Bello Sexo Artístico*, y el inteligente director ponía en las delicadas manos de sus entusiastas discípulas, violoncelos, violines, flautas, clarinetes, bombardinos, en fin, los instrumentos de una orquesta.

El entusiasmo con que acometieron aquellas interesantes señoritas el estudio fué grande y persistente.

La guerra, que nada perdona en su triste tarea de destrucción, disolvió por algún tiempo el grupo de artistas, y algunas de ellas llegaron á perder sus instrumentos en los desastres de la asoladora lucha.

A los primeros albores de paz tornaron á reunirse, aunque no ya todas las iniciadoras. El estudio siguió adelante con el mismo entusiasmo de los primeros días; y el 25 del pasado junio hizo su estreno la Sociedad, ejecutando la misa en *re menor*, obra del inteligente maestro señor José Rius.

El éxito fué tan extraordinario como merecido. Por algunos días no se habló en Valencia de otra cosa que de aquel estreno.

Las demás mujeres se sintieron con muy digna representación en los estrados del divino arte.

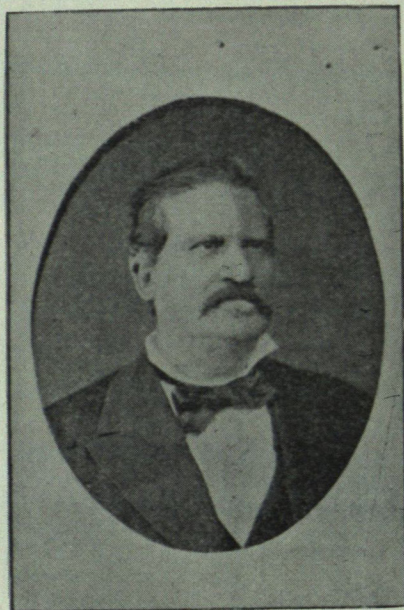
Las señoritas de la nueva sociedad habían alcanzado una dulce satisfacción, tan soñada como merecida.

Hoy son doblemente interesantes, porque á los encantos de su sexo unen los atractivos del arte: á la simpatía de la belleza enlazan el misterioso prestigio de la música; y se tiene en cuenta que *El bello sexo artístico* se ha constituido con un fin benéfico, para ayudar con sus esfuerzos al esplendor de la religión cristiana y á la propaganda de la caridad, alma de esa santa creencia, tendremos que mostrar á las señoritas que lo constituyen como tipos de ab-

negación, de inteligencia y de virtud, muy dignos de ser imitados.

El bello sexo artístico prepara, según nos informan, un concierto público en favor de la Santa Capilla que actualmente se construye en la Iglesia Matriz de Valencia.

Como complemento de esta breve noticia, remitimos al lector al grabado que hoy publicamos, fotografía directa del señor Rey hijo, y diremos que actualmente preside la sociedad la señorita Isabel González Guinán: que nuevas señoritas se han incorporado á ella, y que en la orquesta del estreno ejecutaron las señoritas Epaminonda López Pulicani, Elena López Pulicani, Juana García Betancourt, Esperanza Salom, Socorro Lizardo, Isabel González Guinán, Luisa Antonia González Guinán, Virginia Burgos García, Caridad Soler, Teresa Burgos García, María López Pulicani, María Isabel Pérez, Felicia Célis Silva, Trinidad Freytes, Ana Luisa Codecido y Josefina López Pulicani.



DR. MANUEL MARIA URBANEJA

EL COJO ILUSTRADO, en su noble afán de repetir por doquiera nombres que simbolizen verdaderas glorias de la Patria en el ramo de las Ciencias, publica hoy en sus columnas el retrato del insigne matemático DOCTOR MANUEL MARIA URBANEJA.

Basta ver esa cara plácida, esa mirada indagadora, esa frente gravemente arrugada por la brega de la inteligencia, para adivinar en el original al maestro tan querido de sus discípulos, al viejo de proverbial conversación encantadora, rebosante en chistes y epigramas, al veterano de la ciencia, en una palabra, que ostenta su cabeza llena de cabellos canos, como trofeos de largos años de fatigosa lucha por ahuyentar de Venezuela las sombras de la ignorancia.

Sombrero en mano, verdaderamente poseídos de respeto y admiración, nos atrevemos á dar aquí apuntes de la vida del profesor y amigo—que tal no más será este trabajo—ya que reclama mayor espacio y mejor pluma una biografía completa de sabio que tiene tantos lauros conquistados en el magisterio de la Ciencia.

Nació el Doctor Manuel María Urbaneja en Caracas el 11 de enero de 1814, habiendo sido sus progenitores el Ilustre Prócer de la Independencia Doctor Diego Bautista Urbaneja y la señora Isabel Alayón.

Fué de los primeros discípulos de Cagigal, en unión de Baralt, Aguerreverre, Meneses, Acevedo, Benigno y Salvador Rivas, Ibarra, Carranza, Troconis, etc., cuando aquel eximio patriota

fundó la Academia Militar de Matemáticas en 1831, en la cual llegó á ser General de Ingenieros de la República.

Investigador profundo, el Doctor Urbaneja no se contentó con buscar la solución de los grandes problemas de las ciencias exactas, sino que se entregó con ardor incansable á derramar sobre la juventud venezolana los tesoros de su experiencia científica. Ahí están sus discípulos, que lo son casi todos los ingenieros de Venezuela, muchos de los cuales son timbre de nuestra ingeniería, que han probado prácticamente en la construcción de ferrocarriles y otras obras que no les van en zaga á los ingenieros extranjeros.

Casi no hay plantel memorable en Caracas desde 1833 que no lo haya contado entre sus catedráticos, principiando por la Academia Militar de Matemáticas, donde dió clases hasta 1870, aún después de haber sido suprimida por el Gobierno la asignación señalada para aquel Instituto. Luego fué profesor en los Colegios de Montenegro y de Roscio; en 1854 fundó junto con el Doctor Ramón Isidro Montes el célebre Colegio de Santo Tomás; y desde 1858 regentó en nuestra Ilustre Universidad las clases correspondientes á los dos primeros bienios filosóficos y á dos cursos de Derecho romano. Y por si falta algo para delinear los hechos más notables de aquel hombre eminente, digamos que tuvo la gloria de ver al inmortal Vargas sentado en los bancos de la Academia oyendo sus lecciones de Matemáticas.

Más aún: latinista consumado, ha sido también profesor de latín en varias épocas de su vida; y en 1845, estando en el Colegio de Roscio, elaboró con Manuel Antonio Carreño una traducción del *Método para estudiar la lengua latina por Burnouf*, traducción dedicada al gran filólogo Andrés Bello, y que fué adoptada como texto por la Universidad de Caracas y por la Dirección general de Instrucción pública de entonces. Grandes servicios prestó la publicación de esta obra á la juventud estudiosa, pues reemplazó con el excelente método de Burnouf los sistemas de enseñanza atrasados y deficientes que existían antes para el estudio de las lenguas muertas. Con el mismo Carreño, tradujo del francés otras dos obras: los *Ejercicios de Verien para la traducción del latín*, el año de 1850; y en 1852 el *Catecismo de Therou*. En colaboración con el señor Isaac J. Pardo, tradujo también en 1864 un libro utilísimo titulado *Lo justo y lo útil ó Relaciones de la Economía Política con la Moral*, por H. Dameth, el cual fué dedicado por los traductores á la Ilustre Universidad Central de Venezuela.

Además de estas traducciones, publicó anteriormente, teniendo por compañero á Baralt, un *Compendio de la Historia antigua de Venezuela*. Sobre matemáticas no ha publicado nada, sin embargo de que sabemos tiene muchas notas y observaciones inéditas sobre la Geometría Analítica y descriptiva de Zorraqin y sobre cálculo diferencial é integral. Lastima grande que su carácter desprendido le impidiera dar á la luz pública algo siquiera de aquel conjunto inagotable de conocimientos que posee, desde lo más elemental del álgebra y la geometría hasta lo más elevado de las matemáticas, donde el cálculo del infinito sirve de fundamento á la mecánica racional.

A pesar de que Urbaneja no se ha dedicado especialmente al cultivo de las Bellas Letras, es poseedor de vastos conocimientos literarios, hasta el punto de ser un crítico notable, á cuya autoridad hanolido ocurrir muchos de nuestros escritores, en pos de consejos y advertencias que han apreciado como verdaderos oráculos.

No podemos terminar estos ligeros apuntes sin repetir lo que en años pasados dijimos, en el discurso reglamentario de nuestro grado de Doctor en Ciencias, al hablar de los que habían sido nuestros profesores:

“Nombraré en primer término al Doctor Manuel María Urbaneja, orgullo y prez de nuestra Universidad, maestro incansable cuanto profuado, que desde medio siglo trabaja sin tregua en la noble y penosísima labor de la enseñanza; y, lo que es más meritorio, sin un estímulo que retribuya á aliente sus afanes, si no son

el amor á la Patria y su apasionamiento por la ciencia. Tal vez la posteridad, mejor inspirada por el agradecimiento prepare una recompensa digna á sus servicios, y verá con desdén á esta generación que así se muestra apática ante los esfuerzos inauditos del sabio y del maestro."

Ah! pero ya no enseña el anciano venerable! Ya no podemos oír en los claustros universitarios la voz del ilustre discípulo de Cajigal! Los años lo han recluso al hogar, agobiado ya, pero llevando en el alma la satisfacción de haber cumplido un deber que él mismo se impuso, y de haber sabido sacrificarlo todo para engrandecer y para honrar á su Patria. Que sirvan de consuelo á su alma civilizadora, en los últimos días de su vida, las constantes bendiciones de los que hemos tenido la honrosa dicha de ser sus discípulos!

G. J.

EL CONCURSO DE LAS CHARITES

A MARÍA

Las Charites, divinidades de la Mitología griega conocidas vulgarmente bajo el nombre de las Gracias, forman una triada, un grupo de tres vírgenes, que eran reputadas como la fuente de toda alegría, de todo primor, de toda perfección para la naturaleza y para la humanidad. Nadie ni nada es joven, amable, bello, seductor sino por su presencia ó por sus favores. La belleza de las más bellas mujeres es un don de las Charites, una participación de sus atractivos. "Con vosotras, dice Píndaro dirigiéndose á las Gracias, todo se hace encantador y dulce. Por vosotras el hombre es sabio, es hermoso, es ilustre." A ellas debe la poesía sus más sublimes producciones. Todo lo que constituye el encanto y el brillo de la vida, todos los dones de la naturaleza y del espíritu, se referían, por tanto, á las Charites.

Ahora bien; refiérese que estas tres divinidades celebraron un concurso para la creación de un sér. Aglaia, la brillante, se hizo cargo del cuerpo físico. A Eufrosina, la alegría del corazón, tocó en suerte lo moral; Thalia, la que hace florecer las plantas, había de dotar á este nuevo sér de la inteligencia, ya que esta eminente facultad es al hombre lo que la flor es á la planta; lo más sublime de su naturaleza. Habíase convenido en que, lo que en su esfera hiciese una obra más acabada y concediese á este ser mayor número de perfecciones obtendría un gran premio; y fué elegido, de común acuerdo como juez, el radioso Apolo, el dios de la cítara de oro.

Aglaia, que aceptaba, sin duda, la idea expresada por el ilustre Bretón de los Herreros cuando dijo:

"A la evidencia me rindo,
y en la justicia me fundo.
La mujer, lo juro al Pindo,
es lo más grato y más lindo
que Dios creó en este mundo,"

dió á su criatura el sexo femenino.

Sus dos hermanas, de acuerdo con el mismo poeta cuando agregó:

"Ni sólo estriba su palma
en este precioso dón;
que, con muy rara excepción,
hermosas son en el alma
como en el cuerpo lo son,"

le concedieron los dotes respectivos correspondientes al mismo sexo.

Y termina la anécdota de la manera siguiente. Apolo, no obstante sus facultades incomparables, atributos naturales de su divina esencia, estuvo largo tiempo indeciso sin atreverse á resolver; y concluyó finalmente, con que no podía acordar el premio á ninguna porque las tres lo habían merecido igualmente.

Perdóname, María, si con la narración de un acontecimiento verídico en el fondo, puedo llegar á ofender tu modestia.

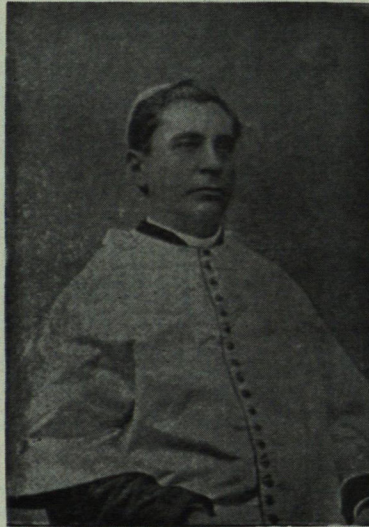
R. VILLAVICENCIO.

PBRO. DR. MANUEL GAMEZ

En él á la aureola de las canas
Se anticipó la aureola de todas las virtudes.

Esto dijimos el año de 1872 refiriéndonos al Pbro. M. Gámez y no nos cegaba el afecto; la justicia trazó aquellas líneas.

Ni una palabra más agregaremos á lo dicho entonces, que los hechos vengán á confirmar nuestro juicio. Hay otra razón que suspende nuestra pluma. Si fuéramos á narrar su vida, toda ella de una austeridad ejemplar; si intentáramos exponer una á una las dotes que le enaltecen, nos detendríamos como nos detenemos ante la modestia del venerable prelado que no queremos poner á prueba.



Por otra parte, reseñar toda una existencia consagrada al bien, siempre en lucha con los propios méritos; lucha imposible puesto que salvando los límites del hogar y de la patria, su nombre y sus virtudes han llegado á las altas regiones de la Iglesia, toda una existencia en que el hombre con sus pequeñeces, con sus dolorosas caídas, no ha existido jamás para dejarnos en él, libre de todo contacto impuro al verdadero discípulo de Jesús, es un trabajo que salva los límites de nuestras facultades.

Nació Monseñor Gámez en la ciudad de Caracas el año de 1842.

De 14 años entró en el Seminario Tridentino y ya por el estudio constante á que se dedicó, ya por su constitución entonces delicada, tuvo que trasladarse á Maiquetía, jurisdicción del Puerto de La Guaira, á reponer su salud. Allí puede decirse, principió su carrera poniéndose al servicio de la Iglesia, al lado del Pbro. J. B. Rivas, Cura de aquella población.

Poco tiempo después regresó al Seminario y continuó sus estudios filosóficos y teológicos, bajo la sabia dirección del Pbro. Dr. Nicanor Rivero, los que terminó en 1868.

En Puerto España y el 11 de abril del mismo año de 1868 recibió el Presbiterado, conferido por el Illmo. señor Gonen, Arzobispo de aquella Isla: al siguiente día 12 de abril cantó la primera misa.

De Trinidad vino á Ciudad Bolívar é inmediatamente después de su llegada el Illmo. señor J. M. Arroyo le nombró cura del Sagrario de la Catedral y examinador sinodal de la diócesis de Guayana.

Finalizaba el año de 1868 y una misión importante y delicada para los sagrados intereses de la Iglesia, lo llevó por disposición del Illmo. señor Arroyo al curato del entonces departamento Yuruari en Nueva Providencia.

El éxito más completo coronó sus esfuerzos en el desempeño de su encargo; su paso por aquellas regiones fué efectivamente el de una nueva y verdadera Providencia.

Tenemos á la vista una publicación hecha en aquellos apartados lugares fecha 28 de marzo de 1869 dirigida al Pbro. Manuel Gámez y sentimos que su extensión no nos permita insertarla en estos ligeros rasgos biográficos, pues en ella están consignados en sencillas é ingenuas palabras, el amor y la veneración por el joven y virtuoso Prelado; así lo llamaron anticipándose á lo que después iba á ser solemnemente confirmado por la más alta potestad de la Iglesia y de la tierra.

Volvió Monseñor Gámez á Caracas y á su paso por Ciudad Bolívar fué objeto de distinciones tan honrosas como merecidas.

A su llegada á la Capital el Illmo. señor doctor J. A. Ponte le nombró su primer Secretario, puesto que renunció para servir el curato de La Guaira en donde está hace 18 años.

Los beneficios dispensados con mano pródiga por Monseñor Gámez en esos 18 años, son tales y tantos que su relato fatigaría nuestra pluma.

La Guaira sólo tiene un corazón para amarlos y para bendecirlos.

El año de 1888 el Illmo. señor Doctor Crispulo Uzcátegui Arzobispo de Caracas le nombró Canónigo honorario de la Santa Iglesia Metropolitana y en el mismo año Su Santidad León XIII Camarero de honor.

No termina aquí la ya larga serie de honrosas distinciones pues á principios del presente año, recibió el nombramiento de Protonotario Apostólico, con que el Santo Padre ha querido investir á uno de los más virtuosos sacerdotes católicos, honra y prez del clero Venezolano.

Caracas: 15 de setiembre de 1893.

EDUARDO M. DÍAZ.

MI VALLE

DE UN LIBRO DE RECUERDOS

Al campo! al campo! La ciudad me enoja;
Esas tristes paredes do refleja
La luz solar, intensa, ardiente, roja,
No quiero ver, ni del balcón la reja,
Donde una flor cautiva se deshoja,
E inclinandose lánguida semeja
Suspirar por la alegre compañía
De sus hermanas en la selva umbría.

A. BELLO.—[Poema al campo.]

Paralelo á la gran Cordillera de la Costa, hacia el Este, de la capital de Venezuela, demora un valle ameno y rico, fragante y de dulce temperatura. Yo lo llamo mi valle y los naturales lo denominan valle de *Siquire*, porque allí vivían los indios de ese nombre, contentos y felices antes de la llegada de los conquistadores castellanos, desgraciados y párias después que éstos les impusieron el yugo de la servidumbre.

A ese valle, voy á conducirte, lector amigo. En él podrás contemplar, en sus obras á Dios, porque allí abunda todo lo bello, todo lo bueno, que su mano providente ha distribuido sobre la haz de la tierra. Es un libro abierto, en cuyas páginas la naturaleza nos muestra sus maravillas, y descubre al iniciado en sus secretos los delicados y ténues hilos de sus trabajos admirables.

De niño he pasado mis años en este ameno vergel, en el recibí las primeras y más duraderas impresiones que hirieron mi inteligencia y la inclinaron á la contemplación investigadora de la naturaleza.

Desde que se abandona el poblado, respírase con más satisfacción y siéntese no se qué inesplicable placer en vernos sin las trabas ni la etiqueta que nos impone la sociedad. Véase entonces lo que vale la libertad, cuando se nos muestra con toda la verdad de su colorido primitivo; pero la libertad bien entendida, origen de placeres, nunca interrumpida por discordante nota.

Cuando lejos me encuentro, en medio del bosque, ó en los suaves declivios de las montañas, mi espíritu se ensancha á la par del horizonte y se dispone á la contemplación.

"Cuántas veces al pie de la montaña,
Que Anauro humilde en su corriente baña
De voz amiga me inspiró el acento." (1)

(1) Núñez de Cáceres.

Y cuantas,

..... Al penetrar quebrada umbrosa
Y dando suelta al pensamiento mío,
Fijar la vista en la corriente undosa
Conque apacible se desliza el río..... (1)

no he sentido algo así como la presciencia de un espíritu superior, que gula mi corazón y lo dispone á acciones bellas!

Cuando he pasado del límite que separa mi valle de la otra tierra; cuando penetro en la espesura de las haciendas y contemplo de uno y otro lado del sendero, los bellos bucares, los grandes *mijaos*, los *jabillos* y la muchedumbre de arbustos que alfombran el suelo y las enredaderas que embellecen los erguidos troncos ó cubren los desmoronados por el tiempo, viene á mi memoria el recuerdo de los días de la infancia, con su inocencia y sus sencillos gustos; la viva imagen de los seres queridos que han ido á descansar en la tumba después de larga y combatida peregrinación!

Era entonces más selvático el valle: espesa vegetación comenzaba á los alrededores de la campestre morada y extendíase hasta el límite de las sabanas; pero el hombre en su trabajo de devastación anual, ha destruido los gigantes árboles que constituían con su follaje el orgullo de la selva, y ha dejado á la avasalladora masa de la vegetación herbacea, todo el campo.

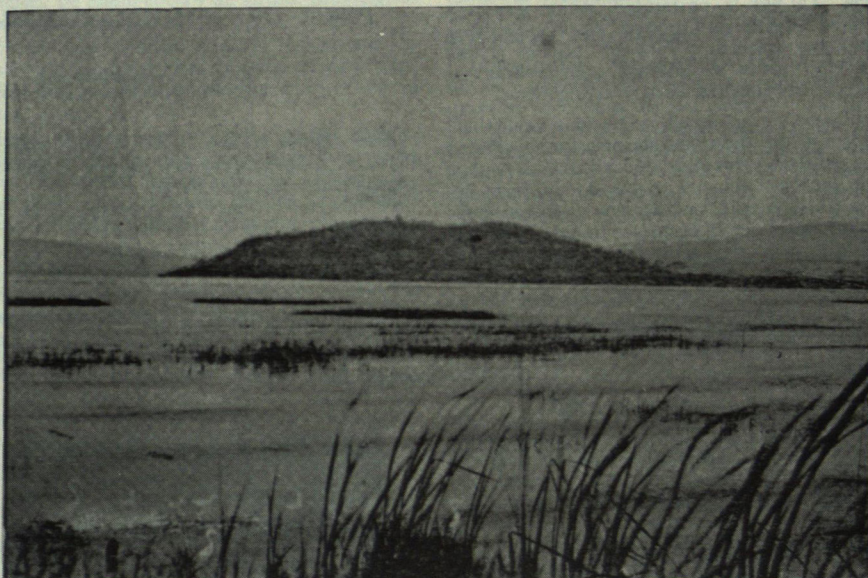
Penetremos de una vez al hermoso valle. Donde quiera que los ojos posan contemplarán la exuberancia de las formas, la vida repartida á manos llenas. Cada flor, cada bosquecillo sombrío, formado de innumerables bejucos, convidan al espíritu errabundo á recrearse.

Corre humilde, por entre espesísima verdura, el riachuelo ó quebrada ocultando su trasparente linfa, y sólo á trechos, al cruzar el sendero, es cuando nos imponemos de su callada existencia. El sol, á la hora de la tarde, envía sus postrimeros rayos sobre el valle y el lejano monte. El efecto que su argentada luz produce sobre la sombría arboleda, cuyo interior va quedando en la penumbra, el vívido colorido que presta á las cascadas de volubles enredaderas que arropan como con cariño ó los enhiestos troncos, causa indecible complacencia.

A esta hora de quietud solemne sólo interrumpida por el vuelo rápido de los pájaros en busca de abrigo donde pasar la noche, cuando se oye á intervalos el canto de la *cocoa*, tierno y melancólico, especie de lamento prolongado repercutir por el ámbito del bosque; el oscilante batido de las anchas hojas del plátano, cuyas formas graciosas contrastan tanto con las de ciertas acacias y con la inmovilidad de los descarnados ramos, á manera de brazos, del bucare que se preparan á cubrirse con su purpúreo manto; á esta hora digo, siente el hombre, aun el más indiferente y excéptico, volar su alma hacia Aquél que es el árbitro de la Creación. Con efecto, experimentase á la caída de la tarde, en presencia del maravilloso cuadro de la naturaleza tropical, algo así como tenaz y profunda melancolía, que torna á los pensamientos serios y á la meditación. Y nos preguntamos entonces sobre el destino del hombre y el propósito de su creación; nos fijamos con más insistencia en la admirable trama que une y enlaza todo lo creado y la sabiduría que ha precedido; y midiendo nuestra insignificancia en medio del universo y el concierto de los astros comprendemos lo pueril del orgullo humano!

De repente, agitada con suave vaivén la anchurosa copa de los árboles y el bosque todo pone en movimiento su manto de verdura y crujie y se retuerce, hasta que tocados por leve brisa los pequeños arbustos y las yerbas en sus dorados culmos, signo de que desciende el viento, queda inmóvil y como atónito. Luego, allá, á lo lejos, véanse mover aún las ramas y percíbese su crujido al chocar entre sí, y queda entonces en completa calma la naturaleza.

Si continuamos el sendero, descubrimos súbito, cual si surgiese del fondo de la espesura, una hilera de casitas de blancas paredes y de techo pajizo. Datan de pocos años y simulan [á mí se me figura] un pueblo de la



LAGUNA DE VALENCIA (Venezuela)

Arcadia; pero de esa Arcadia ideal, cuyo fundamento arranca de la imaginación del poeta, que busca un sitio del globo donde á las bellezas de perspectivas delicadas, de amenos huertos de dulce sombrío «do corre fresca y parlara fuente,» viese zagalas y pastores en idílicos requiebros ó bajo enramada de fragantes y purpurinas flores, contéplase el venerable rostro del abuelo ó la mirada dulce y afable de la anciana, puestas las manos en la labor y coronando el cuadro arrobador la pura y centellante luz del nimbo con que se complace Dios en ataviar la frente de sus elegidos á la virtud y el amor.

Mas, nó, en esta zona de fuego donde corre veloz la vida y madura el fruto poco después de haberse fecundado; donde el espíritu nuevo de la democracia acaba de llegar á la mente del pueblo incipiente, en ese pueblo no verá jamás el poeta reproducidas las escenas de sosegada vida, á cuyo calor se desarrollan los gérmenes del arte, no recreará su espíritu con todos los atractivos con que supo adornarse la Grecia histórica.

Nuestra gente y sus viviendas, su traje nacional, sus costumbres, animales domésticos y todo aquello que está en relación con ellos, su misma rusticidad, nos hablan de otra civilización, de un arte exótico, que pudiéramos llamarlo, donde la naturaleza prepotente y grandiosa, con su eterno dominio y avasallamiento, ahoga y oscurece, haciendo ignorada la vida del hombre, el cual no llegará sino á esfuerzos supremos á domeñarla y á imprimirle el sello de su ingenio en el curso de los siglos, recibiendo el impulso que el Progreso comunica con férrea mano sobre el timón del mundo!

Y sin embargo, no está exenta de placeres y de encantos la vida de nuestras poblaciones rurales. Los hombres trabajan en las rudas faenas de la hacienda ó del *conuco* que ha de proveer á las necesidades de su frugal existencia y llenos de alegría se preparan los domingos á ir al vecino pueblo ó si permanecen en su sitio se reúnen en las pulperías, especie de foros donde se dan cita y allí charlan sobre diversos asuntos, de la próxima cosecha, de la plaga ó de particularidades que atañen á brujería y medicina popular, mostrando siempre en sus observaciones sagacidad de espíritu.

Raro, sin embargo es que éstas al parecer inocentes pláticas y reuniones pacíficas, no terminen en acaloradas disputas, en cuyo caso es segura la feroz riña, infiriéndose con saña á veces graves heridas. De aquí resulta la prisión, el cepo ó la cuerda con que los agasaja el comisario, personaje siempre importante en

estos casos. Aquí como en todas las zonas habitadas por el *homo sapiens*, como denominan los naturalistas al *rey de la creación*, son las bebidas alcohólicas la causa cierta de todas estas escenas.

Las mujeres, pacientes compañeras, á la par que hacendosas y trabajadoras, cuidan del hogar y de la prole. Jamás he pasado por el frente de unos de esos miserables ranchos sin verlas ocupadas en la preparación de la masa para el pan ó el cazabe, ó en la labor, cosiendo y zurciendo, mientras que su compañero sentado ó acostado sobre la troje, dormitaba.

El café! Bello arbusto que se desarrolla lozano y florece en mi valle, como en su tierra originaria.

Tu vistes de jazmines
El arbusto sabo
Y el perfume le das que en los festines
La fiebre insana templará á Lico.

Esto dice de él, el inmortal cantor de la zona tórrida. Yo agregaré, que de todas las plantas reducidas á cultivo por el hombre, de todas las que ha arrancado de las selvas del lejano Oriente, ó ha llevado de las feraces tierras que demoran á Occidente, ninguna tan bella, ninguna tan poética, ni que muestre con tanto donaire los dones de Flora. Con efecto, ¿quién no se ha sentido trasportado como por arte mágico, cuando en una mañana del risueño abril, en el campo, nos sorprende el delicado aroma de la flor del café? Y penetrando en la sombría arboleda, contemplamos arrobados, la sábana blanca, que cual copiosa nevada se extiende sobre todos los arbustos, percibimos la fragancia que exhala el radiado jazmín que amontonado se exhibe en los cortos tallos de las ramas y el suave susurro de la abejillas y dorados coleópteros que se apresuran á libar el dulce y cristalino depósito de las nectareos. Cuánta belleza! cuánta poesía! Si en el instante en que el café desvuelve su capullo y abre la alba flor, las erythrinas ostentan su purpúreo manto, crece entonces la admiración y se regocija el espíritu poético, porque nada más hermoso que esta fiesta de las flores sobre nuestras cabezas y al alcance de nuestras manos: diríase que es fuego sobre pedestal de nieve.

¡Y cómo se regocija el afortunado agricultor ante esta promesa de abundante cosecha!; la cual será tan pingüe como espléndida y abundante fué la flor.

Pero nada más ténue, más efímero, más delicado, que la flor del café: nace en la mañana con los albores del alba y muere en la noche agostada



EL CONSUELO DE LA VIDA — POR CENCETTI.

por los rayos de calcinante sol, ó bien que cumplido el proceso misterioso de su fecundación, por arte de solfíticos cuanto interesados insectos, plega su corola, marchitase sus pétalos y cae al impulso de levísimo céfiro. Sobre los nudillos de las ramas véñse entonces pequeñas glandulitas ó yemas que van creciendo en fuerza y vigor hasta convertirse en frutos, comparados por un escritor distinguido, á macetitas de coral, y que constituyen el premio con que Flora recompensa el trabajo empleado en el cultivo de este maravilloso arbusto.

Despide una arboleda de café cierto olor acre y resinoso, *sui generis*. Me complace, cuando recorro los extensos callejones, buscar con la vista la pequeña y fragante orquídea que en la bifurcación de un café despide su aroma delicado y que mezclado al del cafetal arrastran los cefirillos en sus ténues alas.

Son gala del cafetal asimismo, los altos y fornidos oros, cuyos frutos rojos y esponjosos semejan estuche de finísimo terciopelo.

Las primeras lluvias, anunciadas desde días antes por ligeros vientos y por el arremolinamiento de las nubes sobre las montañas de mi valle, ó por el mugir del forzado toro en la marchita sabana, vienen á refrescar la tierra y á darle vida á la vegetación, que agostada por continuada sequía vése triste y polvorienta. Con ellas se regocijan animales y vegetales; todo luce hermoso, verde la sabana y en los ribazos del río ó en medio de la dilatada llanura parecen todos contentos de vivir. Las chicharras gritan desahoradamente sobre los escuetos brazos de los árboles que ocultan latente vida, las yemas ó brotes salen cual curiosas cabecitas de la envejecida corteza. ó de la coyuntura de las ramas al recibir el copioso bautismo, todo convida á gozar de la vida; todo se anima y cobra fuerza y agilidad. Véñse las vacadas pacer tranquilas la jugosa yerba, ó rumiar á la sombra de un mango, ó encaminarse con paso lento hacia el corral á donde encerrados quedaron los becerros.

A los varios días de prolongada lluvia, acompañada á veces de centellantes rayos, de horriblos truenos, se nota un receso, una calma, muy frecuente en esta zona durante la estación de las lluvias, en que aparece el sol en toda su plenitud, el cielo limpio y transparente, la atmósfera pura y sin vapores. Dispónese el ánimo en esos días á impresiones suaves y delicadas, porque el estado de la atmósfera, lo radiante del sol, la belleza del paisaje y los mil detalles de la espléndida vegetación, influyen por maneta decisiva en nuestras ideas y sentimientos.

Bajo tan buenos auspicios, lanzéme á través de mi valle, atento á cada ruido y deteniéndome ante los majestuosos árboles para medir con la vista su altura y desarrollo; tan pronto escuchábase el gorgear de miriadas de pajarillos de todos tamaños y de colores varios, jugueteando entre las ramas ó en rápido girar de un punto á otro, reflejando en el sol de la mañana sus doradas libreas. A los bucares que comenzaban á abrir sus flores, acudían á chuparlas una variedad sorprendente de estos dueños del aire, desde los más diminutos, todos bellísimos que, podrían compararse con rubíes, esmeraldas, zafiros y topacios, lanzados á cada instante por mano invisible de la copa á lo bajo de las ramas, produciendo las preciosas iridaciones y reflejos tornasoles que extasiaban mis sentidos.

En medio á la apiñada y oscura montaña se miran florecer los empinados Marias (1) color de escarlata, que animan el paisaje dándole un tono vivísimo. Nada más hermoso ni más arrobador á la vista que estos árboles en la época de su inflorescencia. Es el lujo de la ornamentación y el regocijado capricho de la naturaleza, que disponiendo de los colores del iris ha querido desleír todo el carmín de su paleta, toda la gualda sobre las ramas despojadas de hojas de este elegantísimo vegetal. (2).

Entre las lindas y graciosas enredaderas, en que abunda mi valle descuella la *Nicua* ó *Ipomea Bonanox* de los botánicos, á la orilla de los arroyos trepando el tronco de los añejos árboles. Sus blancas flores esmaltadas lucen en la oscuridad de la noche con reflejos fosforescentes, desplegando todos sus encantos y fragancia embriagadora para atraer á los nocturnos insectos. Abren á la caída de la tarde y osténtanse en las noches claras en la penumbra del bosque, como reinas en su trono suspendidas de voluble tallo. Al amanecer, con los primeros albores cae marchita y plega su corola esta graciosa flor, emblema de la pureza. Si los poetas, ¡oh delicada y hermosa flor! no te han tomado como símil de los castos amores y no te han dedicado en sentidas estrofas un recuerdo, consuélate, que ya el arte, divino intérprete de la naturaleza, te ha sorprendido, á la hora de la tarde, cuando abres tu alba corola y esparces suave aroma y trazado sobre el lienzo tu imagen, que ya no temerá á la luz ni á la muerte temprana, pues te ha inmortalizado!

F. DE P. A.

LEYENDA HISTÓRICA

POR PEDRO MANRIQUE

Á MI AMIGO SEÑOR JUAN J. BRECA

Era el año de 187.... Se debatía calurosamente aquella que entre nosotros se ha llamado cuestión religiosa y que la historia recordará simplemente como uno de tantos episodios de nuestras guerras civiles.

En uno de nuestros pueblos H.... que nosotros conocemos íntimamente, vivía Don José Ancisar con su virtuosa familia, con la cual pasaba largas temporadas en su campo, distante como quince kilómetros de la población y como dos ó tres de un caserío B.... que aunque de historia vieja es de muy poca significación todavía.

Don José, hombre serio, de algunos años, de aparente cultura, casado en segundas nupcias, conservaba de su primer matrimonio tres hijas, graciosas, finas, bien educadas, todas jóvenes y entre ellas Rosa, como de quince años, se destacaba entre las tres como en ramillete de blancos claveles pudiera una purpurina.

En sus mejillas jugueteaban la nieve y la aurora; sus ojos rasgados é inquietos, expresaban lo que sus labios no decían; la nariz delgada y aguileña de los antiguos griegos; dientes blancos como la carne del coco y tan perfectos como no suele hacerlos iguales la naturaleza; dos crenchas de hilos crespos de ébano; una boca siempre animada por juguetona sonrisa; dos hoyuelos en sus ángulos que invitaban á chuparlos y una cintura tan delgada y cimbradora que daba envidia á las palmas.

Tal era Rosa como sér físico! En lo moral era un ángel digno de vivir sobre las mullidas alfombras de un museo y de elevar su espíritu en la contemplación deliciosa de las sublimes concepciones del arte.

Además, como ama de llaves ó muchacha de adentro para las niñas, en la familia había una indecisa que contestaba cuando escuchaba el nombre de Angela.

Angela que así se llamaba tenía en la casa dos ó tres años y ya contaba catorce ó quince de edad.

Siempre á mano con las niñas y por ellas estimada y querida las servía con gratitud y con acendrado cariño; las acompañaba al baño y á sus campestres paseos; las ayudaba á vestirse, les recogía flores para el tocado y con ellas compartía los quehaceres de la familia.

elevados de la cordillera, en tanto que en los valles del Tuy y los de Barlovento, se denomina "Barbada," proviniendo este nombre tan opuesto al simbólico y dulce que recibe en las alturas á la peculiaridad que tiene de alimentar cierta especie de hormiga, llamada por los naturalistas *myrmica triplarina*, cuya picadura es tan dolorosa que ocasiona inflamación. El nombre científico de triplaris es para designar el fruto ó semilla compuesto de tres divisiones ó segmentos. Nada más curioso que ver estas semillas volando, cuando desprendidas del árbol, describen giros en espiral, tal como lo haría un volante con plumas insertadas en el cono.

Angela tenía la finura natural de su raza; tez de galleta tostada, ojos de gazela; pie chiquito y una gracia y un salero y una alegría en todo su sér que después de Rosa en ella se fijaba, aun sin quererlo, la mirada curiosa del que las encontraba.

Con los peones que á trabajar venían á la hacienda del vecino caserío B....venía también Andrés, indio gallardo, ágil, hacendoso quien por su carácter dócil y complaciente y por sus pocos años [16 ó 17] era destinado por Don José á los trabajos variados de la casa y la oficina, cuido de bestias, inspección de patios, arreglo de herramientas, etc., etc.

Esta feliz circunstancia, su juventud, la raza en fin lo ponían en frecuente contacto con Angela quien no pocas veces, por razón de sus ocupaciones respectivas, tenía que hacerle el plato del almuerzo cada vez que su trabajo lo obligaba á quedarse en la casa.

Esto trajo naturalmente lo que debía ocurrir y, aunque con mucha cautela se trataban para evitar sospechas, un ojo avisado habría varias veces sorprendido un cambio de maliciosa sonrisa, un movimiento traidor, un gesto de recíproco cariño y cuando le ocurría dormir en la hacienda las trovas eróticas que cantaba acompañadas del razgueo de su discante bien fácil hacían comprender al hombre de experiencia que entre aquellos dos inocentes jugaba el travieso niño con su carcaj de flechas aceradas.

Así corría el tiempo y aquellos dos séres, hijos del campo, se querían con la inocencia de los campos, como al olmo la yedra, como el ave á la aurora, como el aura á las flores, como el manso y cristalino arroyuelo, que besa con sus linfas al pasar las conchuelas blancas á las verdes cañas de sus vírgenes riberas.

Aquellos indios eran felices con toda la felicidad del paraíso en el momento en que Adán al despertar contempló á Eva acabada de salir de la turquesa en que vaciara su mórbida belleza la mano del Creador; su vida era un idilio como aquel que el candoroso Bernardino de Saint Pierre nos dejó pintado bajo los cocoteros de la Isla de Francia y al murmurio dulcísimo del río de los Lataneros; ellos no conocían al Petrarca pero por ellos recitaban en apasionados deliquios las auras y las flores, las plantas y las aguas aquellas tiernas endechas que oían sus corazones enamorados.

Di penser in penser, di monte in monte
Mi guida amor

Chiare, fresche e dolce acque, etc. . . .

Pero ay! ¡Cuán poco saborearon tanta felicidad! ellos también en aquel campo solitario se tropezaron con la serpiente tentadora del primitivo Eden! ¡Ellos también vieron zozobrar arrastrada por el huracán del vicio la frágil navicilla en que embarcaban, inocentes, todos los tesoros de su soñada ventura!

En efecto, corre el tiempo, acéndrase el afecto y Andrés, hombre al fin, ya no contento con los ideales de la pasión quiere descender de los vapores en que vive y vestir su ídolo con los blancos cendales de la virgen pura, deshojar uno por uno los albos azahares que cifren su frente y simbolizan su pureza.

Comunica á Angela su proyecto, empiezan á reunir economías, fijan la época del matrimonio y cada uno por su parte va preparándose para el día de la Santa Patrona realizar sus naturales aspiraciones.

Se participa á Don José el fausto acontecimiento; Rosa y él serán los padrinos y estos y las otras niñas, todos contribuirán en lo posible para que Andrés y Angela sean muy felices y el acto sea de lo más serio, decente y concurrido y alegre que haya visto el vecino caserío.

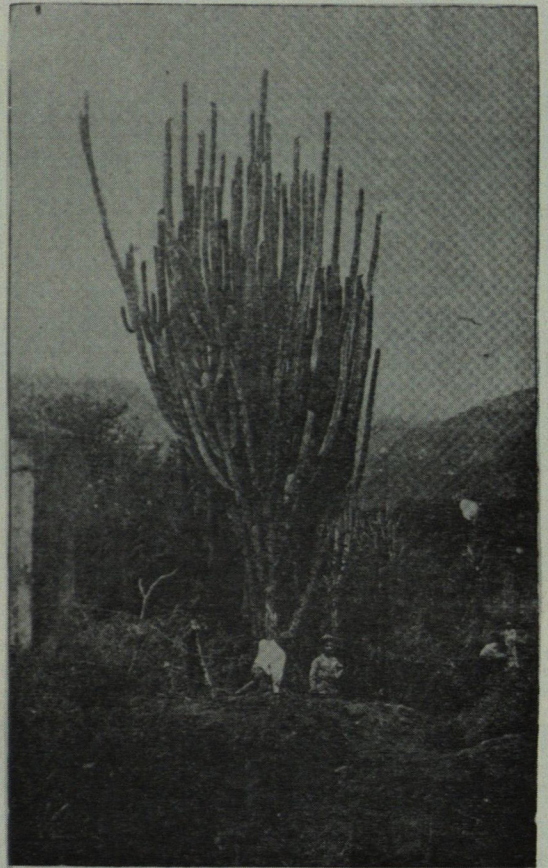
Así pasaban los días estrechándose más y más la distancia que los separaba del altar bendito en que se jurarían ante Dios y el señor Cura amor y fidelidad eternos; ya se anunciaba la visita anual del virtuoso párroco de la jurisdicción, Dr. M..... y todos en B..... hacían sus preparativos campestres para glorificar á la Santa Virgen con sus oraciones, flores y cámaras y al bendito Padre con los honorarios del bautismo y matrimonio y con los huevos frescos, leche gorda y aves de corral para recuerdo de sus devotos feligreses en el año siguiente.

(1) *Tryplaris americana*.

(2) En la tierra caliente florece este árbol desde el mes de marzo y queda despojado de sus flores en abril; mientras que en la tierra templada, hasta el límite de 1.200 metros, comienza su floración en mayo, contribuyendo así con su espléndida corona escarlata á celebrar el mes consagrado á la madre de Dios y al regocijo del espíritu cristiano. De ahí el nombre de "Árbol de María" con que se le conoce en todos los valles



DÁTILES EN PUERTO CABELLO



CARDONES EN PUERTO CABELLO

Andrés rebozaba de alegría ante la nueva vida que se proponía llevar.

Para refaccionar su rancho y aumentar y mejorar su humilde mobiliario prolongó sus noras de trabajo y cuando sus convecinos dormían todavía, ya él tenía dos horas de faena, acarreado de la selva al poblado la madera, las cañas ó la paja que necesitaba para su objeto ó cuando en las noches comenzaban los preludios de la próxima fiesta con velorios ó tertulias, él á la luz de la luna y las estrellas remendaba con los *abanicos de palma real* la techumbre del que pronto debía ser nido de sus *felices* amores.

En tanto Angela estaba triste..... se desvelaba, ó dormida despertaba en sobresalto al recuerdo fatal de un negro instante en los linderos blancos de la infancia y los rosados horizontes de la adolescencia. de la pureza tranquila y de la malicia punzante..... ¿que la mortificaba?..... el tiempo lo dirá.....

Llega al fin el Dr. M..... Andrés saltaba de gozo, Angela empalidecía.

Terminados los preparativos, gestiona Andrés y Angela compungida va como reo al cadalso á deponer ante su confesor la relación de sus infantiles culpas..... pasaron días y se casaron suprimiendo, en el acto, los azahares blancos y el alborozo y regocijo que debían esperarse; se fueron á su rancho, vivían aparentemente felices pero Andrés antes alegre y expansivo tornóse luego, si cariñoso con Angela, concentrado y pensativo en tanto que ella, descargada de grave pesadumbre, recobraba el sueño y veía renacer en sus mejillas sus perdidos colores.....

Y era natural! ella había cumplido un deber pero había clavado punzadora espina en el corazón de su novio quien la ocultaba con su silencio impenetrable pero con el propósito deliberado y firme de arrancársela cuanto antes.

En la persecución clerical llegó su turno al párroco; la oligarquía servil forjaba la calumnia y sus notas oficiales destilaban encono para predisponer al gobierno general contra el virtuoso Dr. M.....

Pasaron pocos meses y en sus políticos corrillos y en sus frecuentes orgías entre copas y risotadas, lanzaron al pasto público la especie de que Angela el día de la confesión había sido, como blanco cordero, sacrificada beatamente en las aras del altar en que el Doctor M.....ofrendaba víctimas á su voluptuosidad.

Como pedruzco arrojado sobre las aguas de un lago, como gota de aceite sobre papel secante, así la calumnia circuló en toda la población y niños y hombres y mujeres indicaban con el dedo al autor de tanta felonía.....

En tanto el cura, encerrado en el secreto de la sagrada confesión, callaba, sufría, y se gastaba físicamente, apurando su copa de acibar sin posible defensa.....

Meses después algunos parientes de Don José Ancisar vienen de temperamento á su campo; Andrés continúa como peón y el día de la separación cuando salieron los sirvientes á ensillar las bestias del viaje, á las dos de la madrugada contemplan con estupor un incendio voraz que se iniciaba en la casa; gritan, alarman, tocan y empujan ventanas y puertas, claman auxilio y la familia toda medrosa y asustada abandona su dormitorio pronto á convertirse en pira que debía consumirla si la casualidad no hubiera resuelto su salvación..... ¡Cuánta sorpresa! ¡qué pavor! Agua, agua, agua gritan á una todos y bosques y valles y montañas repercutían en las tinieblas de la noche, aclarada por las llamas, el eco pavoroso agua, agua, agua.....

Don José se multiplica; á todo atiende, corre, vuela y secundado por los peones se aprestan escaleras, se reunen baldes, totumas y bateas y todos compitiendo en ardor hacen llover lluvia abundante para dominar aquel enemigo sin entrañas; ya suben, y corren por el techo; ya se retiran las llamas; ya empieza á cejar el incendio y á disminuir el temor; el viento cambia; sigue la persecución y á poco, rayando el día, sólo quedaba el estrago parcial del siniestro, esa fetidez consiguiente de las cenizas

que se apagan con agua y en el alma de Don José Ancisar las brumas de los recuerdos para buscar, perseguir y *castigar* al malvado autor de tamaño delito.....

Alto ya el sol se despidieron los parientes llevando de su corto temperamento grabado en el corazón el recuerdo de aquella funesta madrugada.

(Continuará.)

EL TINTERO—LA PLUMA—EL PAPEL—EL HOMBRE.

(Á MI AMIGO DOCTOR ARÍSTIDES ROJAS)

Fatigado sintióse en cierta ocasión el tintero, á causa de los reiterados golpes que la pluma le ocasionaba, en un laborioso día de trabajo literario; por lo cual, un tanto amostazado, así la reconvino:

—Por qué tan despiadada me maltratas, cuando tu sin mí, de nada sirves? ¿Por qué no me consideras?

Sonrióse la pluma, é irguiéndose orgullosa, con manifiesto desdén, replicóle:

—¿Qué has de valer tú, miserable negro de Etiopia, tú que estás eternamente condenado á no dar luz, sino á derramar tinieblas..... ¡y las tinieblas, sólo simbolizan el oscurantismo y la ignorancia!

—¡Ah! tonta vanidosa! Sin mí, así negro como soy, todos esos signos y figuras que trazas, quedarían invisibles; sólo serían ridículos movimientos en la rejión del vacío.....

—¡Calla! dijo la pluma, sin querer escuchar más. Yo muevo el mundo, impelida por el fuego del patriotismo; yo domino las multitudes, en la ardiente tribuna de la prensa, en los parlamentos y en los comicios; yo en fin, deleito y lleno de entusiasmo al género humano, con las deliciosas armonías de la música y las melodiosas cadencias de la poesía.

—¡Imbécil! replicó el tintero; recuerda, necia,



PLAZA BOLIVAR. — Valencia (Venezuela)



PASO REAL. — Puerto Cabello (Venezuela)

que de mi seno recibes la sabia que te fecunda; que sin el líquido que bondadoso te presto, sin ese raudal mío que te inspira, serías leve paja arrastrada por el viento, serías despreciable escoria, arrojada en los muldares.

—Silencio, por Dios, hermanos, interrumpió el papel, con aire de paternal enseñanza; cese ya la algazara; habláis demasiado, y racionáis sin ningún criterio. ¿Quién os ha dicho que ninguno de vosotros vale algo sin mí?..... Decidme, ¡oh pluma! ¿qué haréis con sólo vuestros perfiles y figuras trazadas en el vacío, si no tenéis quién los reproduzca ante la humana expectación?..... Decidme, ¡oh tintero! ¿qué haréis solamente con vuestro líquido tenebroso, sin una superficie como la mía, blanca y pulida, que patentiza al mundo la realidad de vuestras cualidades? Sabed que yo soy el confidente íntimo del género humano. El filósofo me revela sus profundos pensamientos; el estadista, sus grandes concepciones; el alto magistrado, sus programas políticos; el sabio, sus asombrosos descubrimientos; el músico, esas

admirables combinaciones que cautivan los auditores con sus mágicas melodías; el poeta, los seductores acentos de su lira y sus cantos de sirena.....El secreto más inviolable, ése se confía en mi seno, como en urna sepulcral. La virgen más pudorosa, que de todos se recata, ella, ángel de castidad, me entrega su corazón, en amorosa confidencia.....

La pluma y el tintero, no pudiendo soportar tan amargas verdades, acudieron á las vías de hecho; y en consecuencia, lanzáronse furibundos sobre el papel, y emprendieron una riña horrorosa, quedando los tres gravemente estropeados en el campo de la lid.

La pluma balbuceaba, sin pico ni voz, nadiendo en la negra sangre del tintero.

El tintero volteado, exhausto, derramando negras lágrimas; y, finalmente, el papel sucio y rasgado, lleno de manchas y arrugas.

Ninguno de los tres contendores, sin embargo, daba muestras de rendirse; sino que, por el contrario, habrían emprendido de nuevo la lucha, á no ser que, habiendo llegado el hom-

bre, el cual había escuchado la última disertación del papel, hablóles así, en alta voz:

—Vosotros tres, estáis en grave error. Soy yo quien os doy movimiento, forma y vida. Sin mí, permaneceríais mudos, inertes, absolutamente nulos y desconocidos en el mundo. Yo soy el ariete formidable que os impulsa á todos en bien del progreso y de la dicha social.

—Mentira! mentira! gritaron indignados los tres moribundos, incorporándose y cobrando nuevo aliento.

De súbito se iluminaron los espacios con celestiales claridades, y resonó en las alturas una voz dulcísima, conmovedora y persuasiva, que pronunció estos conceptos:

—Tranquilizaos todos, y deponed vuestra saña. Ninguno de vosotros es nada *por sí solo*. La unión y la armonía de todos, es la que os hace útiles y meritorios; pero aun así y todo, nada valéis sin mí, destello luminoso, reflejo del Eterno, para conducir la humanidad á la cumbre del progreso y de la civilización.....“¡Yo soy el ángel de la inteligencia, única soberana del mundo!”

Dijo, y desapareció entre las azuladas nebulosidades del firmamento.....

Desde entonces, *son hermanos* la pluma, el tintero, el papel y el hombre; y andan y trabajan unidos en la mejor armonía, bajo la mirada inefable de Dios, para la perfección de la humanidad.

ANDRÉS A. SILVA.

Casa de Usted, setiembre 4 de 1893.

Señor Director de la Academia de la Lengua.

Hace algunas semanas que pedimos á un caballero muy allegado á usted y de nuestro mayor aprecio, la dirección de una familia, residente hoy en Nueva York.

Al dárnosla, nos dijo: las señoras Mora, viven . . . en tal parte; y habiendo escrito nosotros, Moras, (como creemos que se debe escribir), el caballero ya dicho, nos indicó que los apellidos de familia no llevaban el distintivo de la pluralidad, y que por lo tanto él decía: las Mora, las Mendoza, los Larrazábal, los Casado, etc.

A habernos dejado instante libre nuestras perentorias ocupaciones, grato nos habría sido departir con él en estas materias de idiomas, para nosotros, de singular complacencia; mas, no logrado aquel placer, tenemos la honra de presentar á usted la cuestión desde sus dos puntos de vista, para que quele al fin determinado asunto como éste, que viene de tiempo muy atrás tan debatido.

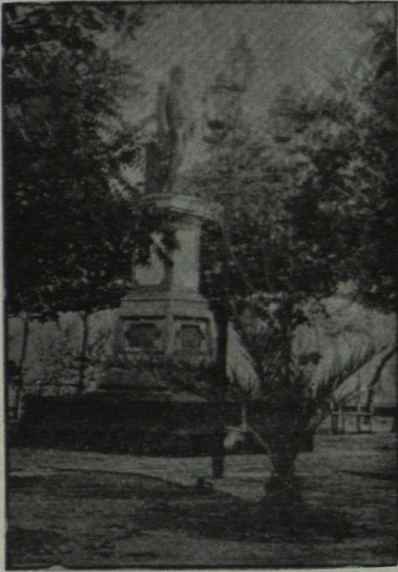
Hé aquí la cuestión:

Cómo debe decirse, las Mora ó las Moras?

El caballero afirma lo primero; nosotros creemos lo segundo.

Sabemos todos que número gramatical, es la forma que toma el sustantivo para significar uno solo ó muchos objetos; y si así es, como nadie podrá negarlo, ¿por qué han de separarse de la regla general los apellidos de familia, que no son más, en rigor filológico, que nombres comunes como otros cualesquiera? Bien es cierto que no puede decirse, los Pérezes, por los Pérez; ni Rodríguezes, Sánchezes, Larrazábales, Gonzálezes, etc., etc.; pero esto es; 1º porque el nombre Larrazábal no es castellano sino eúskaro, y en su interpretación y estructura está la doble relación con la unidad y la pluralidad; y 2º porque en los demás apellidos arriba citados, como en otros muchos de la misma especie, se calla la reduplicación de la pluralidad en la sílaba final, porque ellos, en sí mismos, la llevan expresa. Y en efecto, (tomando sólo el sentido gramatical,) ¿qué quiere decir Pérez, Peláez, González, Páez, Rodríguez, Sánchez, Lalnez, Hernández, Ibáñez, Díaz, etc., etc? Pues quiere decir, nó menos, que el hijo, esto es, la familia, ó sea, los descendientes de Pero, de Pelayo, de Gonzalo, de Payo, de Rodrigo, de Sancho, de Lafi ó Flavio, de Hernando, de Ibán, ó mejor dicho, de Juan, de Diego ó Diago etc., luego, es evidente para nosotros, que los sustantivos patronímicos se conforman con la regla general de la pluralidad, como todo sustantivo apelativo. Decir los Caballero, las Espina, los Machado etc., es—á nuestro juicio,—tan contrario á los usos y leyes del idioma, como si destruyendo esas mismas leyes nos atreviéramos á decir: los árbol, las ciudad, los corazón.

Por demás es consignar, que no se les da la forma plural á Vargas, Casas, Burgos, Chaves, Matamoros, Landines, Vegas, Rojas ó Rosas etc. y otros de conformación semejante, porque es característica la terminación, y ella sola basta.—



PLAZA FALCON. — Coro (Venezuela)



ALAMEDA FALCON. — Coro (Venezuela)

Diremos muy bien las Fuenmayores, así como decimos las Úcroses, las Corteses; diremos muy bien, las Salgares, así como decimos las Antures, las Cloveres.—Esto es palmario.

Hasta en los dominios de lenguas extrañas,—si allá penetramos,—encontraremos aplicables nuestras prescripciones gramaticales.—No sería correcto decir Beethóvenes, Mozártes, Háydnes, Schílleres, por los insignes compositores musicales y poeta de esos nombres; pero todo el que medio conozca el castellano, dirá sin embozo: Washingtones, Newtónes, Cavoures, Bonapartes, Goethes, etc., etc.

Podemos consultar autores de altísima nota, y fácil será ver, que en el sintáxico y hermoso idioma del Lacio, también se pluralizan los nombres. Un ejemplo entre muchos:

Fabii trecenti sex.

Al abrir á Homero, en su monumental poema, hallaremos pluralizado un nombre, entre una multitud más, expresado en este armonioso verso:

Ménin acide thea Peleíadeo Achilleos. [1]

Bien sabe usted que este *Peleíadeo*, es el nombre de Peleo, (*Peleus*), convertido en sustantivo adjetivado, ó mejor dicho, en nombre común; y tanto por la índole del idioma, como por la alteración que sufre el nombre al pasar á otro significado, recibe el sentido y el espíritu de la pluralidad. De la misma manera, *Asclepiadas*, significa los descendientes de Asclepides, que por cierto, todos fueron médicos; *Heráclidas*, los descendientes del fundador de la más fuerte dinastía que conoció la Acaya, etc. Esto, en griego, es frecuentísimo; y en Homero se encuentran, repetidos, mil ejemplos.

EPÍLOGO

Los apellidos son nombres apelativos, supuesto que se aplican á todos los individuos de una familia, y por tanto deben estar sujetos á los cánones gramaticales concernientes á los vocablos de su clase.—La práctica constante de la lengua desde los tiempos más remotos hasta hoy, establece, que llegado el caso, se dé á los apellidos la inflexión plural, cuando su estructura lo comporte. Podemos consultar á CUERVO, *Apuntaciones críticas*, § 167.

Los nombres propios, en general, sí carecen de plural. Sin embargo, los nombres geográficos lo toman, cuando pasan á significar las partes de que consta el todo, como: las *Américas*, las *Españas*; y lo mismo sucede hasta con los nombres propios de persona, cuando alterada su significación se hacen verdaderos apelativos, como: los *Homeros*, los *Virgilio*s, por los grandes poetas comparables á Homero y á Virgilio; los *Césares*, por los emperadores; los *Felipes*, por los reyes II, III y IV de la casa de Austria que gobernaron en España; los *Luis*es, por los 18 del nombre Borbón que reinaron en Francia. ¿Y será esto, acaso, anomalías de nuestra lengua? De ninguna manera. La razón de esto está, en que así como apenas hay cosa que no podamos imaginarnos multiplicada, apenas hay un sustantivo que por consiguiente no admita en ciertos casos, plural,

cuando no sea más que para expresar nuestras imaginaciones. Véase á BELLO, *Gramática Castellana*, § 71.

No damos, Señor, valer alguno á nuestro dictamen, aun cuando lo creemos basado en los más fijos principios filológicos; pero sí esperamos que no sean desoídos los ilustres de Cuervo y de Bello que hemos citado; mas, para acumular caudal, tendremos el gusto de transcribir este parrafillo, de esclarecido autor y autoridad irrecusable.

Hélo aquí:

“Respondió Don Quijote: no es (el linaje de Dulcinea), de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón; Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla; Alencastros, Pallás y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio á las más ilustres familias de los venideros siglos.”

Juzgamos que lo expuesto bastará para convenir á nuestro amigo y dejar resuelta la cuestión en el sentido afirmativo; y ya que tenemos la pluma en las manos, no queremos terminar estas líneas sin encarecer vivamente á los señores Académicos, no desmayen en el nobilísimo empeño de conservar fijo el rumbo á nuestra habla hermosa, entre los dos más peligrosos escollos que la rodean, cuales son, el *gerundio* y el *que gaticado*; ni permitan que obtengan carta de pase, locuciones como las que siguen, que acusan errores sustanciales, sin embargo de haberlas visto suscritas por plumas de cierta talla literaria. “Este animal que llamamos hombre, previsor, sagaz, dotado de tantas facultades, teniendo el espíritu lleno de sabiduría y de razón, ha sido de una manera inefable y magnífica engendrado por Dios.”

Este pensamiento es de Cicerón; pero está muy mal vertido. Primeramente, en castellano no hay la palabra *previsor*, sino *previsor*; y segundamente, empleado este gerundio teniendo en el modo *especificativo* como lo está en este caso, da á la oración este sentido: *El animal que tiene el espíritu*, etc., lo cual es un barbarismo. No ponemos la corrección, porque es obvia.

Es incorrecta, bastante, esta otra frase: la Religión es *Dios mismo hablando y moviéndose* en la humanidad. Estos gerundios son afrancesados: la *Réligion c'est Dieu même parlant et agissant* dans l'humanité. La frase es del Reverendo Padre Félix; y si en francés es muy buena, en castellano es muy mala; porque cuando en la proposición entra el verbo *ser*, es preciso distinguir muy claramente el sujeto del *predicado*, para no emplear, en ningún caso, el gerundio con referencia al *predicado*. Así lo han empleado siempre los grandes hablistas.

Se puede decir en muy buen castellano, *Las ranas pidiendo rey*; *El perro nadando*, (FEDRO), porque es perfecta la correspondencia entre estos ejemplos y el *participio activo de presente* en latín: *Rana regem petentes*; *Canis natans*; y porque además, estos gerundios castellanos, bien examinados, no son *especificativos* sino *explica-*

tivos del sugeto, y denotan, por otra parte, acción.—Pero no puede decirse: Decreto derogando el de embargos: ley reglamentando los estudios etc., porque faltan aquellos requisitos.

Es muy bien dicho: *Vi á una muchacha cogiendo flores*; pero es acabar con la gramática, decir: *Va una caja conteniendo flores*.—Cualquiera que haya pisado los umbrales de una clase de Régimen, puede hacer la corrección.

Si el *complemento no es acusativo*, no debe emplearse el gerundio. En consecuencia, nosotros censuramos este pasaje del culto Capmany: “Oír la voz del héroe admirándonos con su fortaleza, del sabio predicando la verdad, y la del siervo de Dios acusando nuestra tibieza.” Esto es por demás incorrecto, aun cuando lo haya escrito Capmany. Bien sabemos que CARO, en su erudito y filosófico *Tratado del Participio*, exceptúa de esta regla algunos complementos acarreados por la preposición *con*, como en este ejemplo: “Elvira oyó la nueva con los ojos espantados y el corazón latiendo,” pero son éstas profundidades del idioma, de las que trataremos *in extenso*, en la edición próxima de nuestra *Gramática novísima*.

Tiene el gerundio, además de su principal carácter, que es el de *participio activo*, el de la significación *modal*, que le viene de la de *medio ó manera*, propia del *ablativo latino* y razón por la cual lo encontramos frecuentemente empleado en lugar de un adverbio *demonstrativo de modo*.—“Sólo viéndolo; se puede creer”; esta significación es modal; pero, por otra parte, se presta el gerundio á significar, fuera de la relación de *tiempo*, otras tres: 1ª De *causa*, v. g. “No habiendo tú llegado al tiempo convenido, resolví ir solo al campo.” 2ª De *condición*: “El tío Bastián, en poniéndose en conversación con sus mulos, se endiosa.” (FERNÁN CABALLERO.) 3ª De *oposición*: Alabémoslo, porque sabiendo que podía perder la vida al efectuar tal acción, siempre la efectuó, (es decir, aunque sabía).

Finalmente, es *adverbio*, aunque no pierde del todo su carácter verbal, cuando se une á un verbo denotando el modo de efectuarse la acción: v. g. *Canta llorando*; habla *gritando*.

Ustedes, señores, en cuyas manos está la lengua de Castilla para “fijarla, darle lustre y esplendor,” conviértanse en leones generosos, y hagan guerra sin tregua al funesto que gático, que ha invadido todas nuestras esferas sociales, y tanto descarna nuestro idioma y tanto lo afea. Declaren ustedes *ex-cathedra*, que no se puede decir, como dice casi todo el mundo en Venezuela: *Es por eso que yo lo digo*. Allí *fué* que murió el hombre. En la escuela de la guerra es que se forman los grandes capitanes.—Aludiendo—se á este pasaje, *fué* que se dijo que Zárate no había desconocido enteramente los grandes datos épicos, que le presentaba su argumento.”—A los jóvenes es, sobre todo, que conviene el trabajo, pues á su edad es que es más útil y fecundo en resultados. Entonces *fué* que comprendí que era un ángel. Así es que se maneja un hombre honrado, etc., etc. Deben corregirse esos desnudos y feísmos que, contraponiendo los respectivos adverbios relativos de *lugar*, *tiempo*, *modo* etc.

Algunas veces es difícil la corrección, como en estos dulces versos que leemos siempre con sumo agrado:

(1) Ponemos las letras de nuestro alfabeto, por no haber en la imprenta los caracteres griegos.

Es pues allí, y entonces, amada mía.
Cuando conmigo y Dios no más estoy.
Que mi ser brilla en pleno mediodía
Y me aparezco a mí tal cual yo soy, etc.

La circunstancia de encontrarse dos adverbios demostrativos, el uno de lugar y el otro de tiempo, los cuales exigen diferentes relativos, hacen dificultosa la solución de la frase; mucho más habiendo un *cuando* que acarrea el segundo período, y antes que todo, el estilo poético que rechaza las indicaciones gramaticales que hemos anotado. Lo mejor en éste, como en otros casos análogos, es la simplificación, la cual consiste en eliminar el verbo *ser* y el *que*.

"En el lenguaje animado de la poesía y de la elocuencia," dice el doctísimo Cuervo, "sienta muy bien la repetición del término enfático: 'Día aciago, jornada triste y llorosa (la de Guadalete). Allí pereció el nombre inclito de los godos; allí el esfuerzo militar, allí la fama del tiempo pasado, allí las esperanzas del venidero se acabaron.'"—(MARIANA).

Mas, no hay que exagerar la omisión, hasta el punto de que se suprimiera el *que*.—Veamos algunos ejemplos.

1º Cuando la expresión es deductiva: Este artículo es muy largo, *así es que* escribiremos otro; está bien dicho.

2º Cuando en pos del adverbio *así*, venga la conjunción causal *que*, usada en lugar de *pues*, *porque*, v. g. ¿Se descubrió ya el hecho? *Así es, que* no había de estar por siempre oculto. Un *que* semejante á éste, aparece en estos versos de Calderón:

¿Qué es la vida?—Un frenesí:
¿Qué es la vida?—Una ilusión,
Una sombra, una ficción;
Y el mayor bien es pequeño;
Que toda la vida es sueño
Y los sueños, sueño son.

3º Tampoco es galicada la expresión *es que*, cuando es causal: "Es que los caballos no están ahora para correr . . . ni pueden moverse."—(MORATÍN).

"Es que no quiere separarse de Eva,
Y así prorrumpe con sentido acento."—

[MARTÍNEZ GUERTEROS. Larmig.]

Otro ejemplo:

"Si al paso que se extingue y desvanece
Como el último rayo vespertino,
Renace el orden y la paz florece,
Es que cumplió la ley de su destino.—
Pero si la tormenta se embravece,
Si nos arrolla el raudal torbellino,
Si no se aclara el porvenir incierto,
Entonces es que asesinada ha muerto."

NUÑEZ DE ARCE á Castelar.

4º Entre las interrogaciones y admiraciones directas ó indirectas, puede usarse la locución conjuntiva *ó es que* . . . y contraponerse el *que* al adverbio relativo y aún á un complemento, cuando el verbo *ser* se usa en el significado de *suceder*, *resultar*, *verificarse*: v. g. "¿Hacia dónde caminas, Meris? *ó es que* vas á la ciudad?" (CARO y CUERVO, *Gramática latina*, § 175.)

"... ¿Con que es en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcanzase escribiéndole á dar vida,
Si es un curso y movimiento
En letargosa oscuridad se olvida?"

(QUINTANA.)

"¿Cuándo será que pueda
Libre de esta prisión, volar al cielo?"

(LOIS DE LEÓN.)

Es de notarse que, en los clásicos, se encuentra repetido el adverbio relativo de tiempo, lo mismo que el de lugar y el de modo, veámoslo:

"Oh mi Dios, cuándo será
Cuando yo diga de vero,
Que muero porque no muero!"

STA. TERESA.

"¿Pues no sabrás (dime, infame,
Que causa de todo eres),
Por el tiento dónde fué
Dónde quedaron?"—(CALDERÓN.—La Dama duende.)

5º También puede contraponerse á un adverbio demostrativo el *que*, cuando acarrea una frase explicativa; v. g.

Hoy que bajo el grave peso
De vuestro cadáver gimo,
¡Infeliz de mí! quisiera,
Que nunca hubieras nacido."

[NUÑEZ DE ARCE.—Tristezas.]

Aquí *que*, (ó donde), se ganó la batalla, debe levantarse la estatua.—Pero es porque hay aquí una figura llamada epexégesis, semejante á la que figura en este pasaje de Virgilio:

..... Hic vasto rex Aëolus antro
Luctantem ventos tempestatesque sonoras
Imperio premit, ac vinculis et carcere frenat.

Æneid

Deben tener presente los que vierten del francés, que en este idioma es muy frecuente el empleo del *que*, en frases en que, en castellano, es enteramente superfluo; y otras, en que hay que verterlo por *si*, *como cuando* etc., según sea el adverbio que esté al principio de la proposición anterior. Verbi gratia: Si je meurs ou que je tombe malade, que deviendront ma femme et mes enfants? Si je le savais, et que je pouvais le dire, je le dirais. En estos dos ejemplos en que va de letra aldina el *que*, son superfluos, y deben suprimirse en castellano.

Aunque el nombre de *que galicado* es el que generalmente se da á estas formas que hemos señalado, los traductores, en general, sabrán que varias de las construcciones inglesas, son semejantes á las francesas. Hé aquí una muestra:

"It was thus, perhaps, from hearing marriage so often recommended, that my eldest son, just upon leaving college, fixed his affections upon the daughter of a neighbouring clergyman."

(GOLDSMITH.)

It was after Cervantes had received the extreme unction, that he wrote the dedication to his Persiles.—(D' ISRAELI.)

Deseamos que este nuestro humilde trabajo, sea recibido por el docto Cuerpo que usted dignamente preside, con el mismo grado de buena voluntad con que nosotros lo presentamos; mas, si por mala suerte así no fuere, siempre guardaremos—porque es muy nuestra,—la satisfacción de haber consignado fundamentales verdades del idioma; de este idioma, para el cual conservamos la dulce reminiscencia de haber sido en su sonoro acento, en el que adoramos á Dios por vez primera y bendijimos á nuestros padres.

Con sentimientos de consideración y aprecio
b. s. m.

FELIPE LARRAZÁBAL, HIJO.

NUESTROS GRABADOS

Retratos

Para los tres retratos que publicamos de Don Ramiro Gil de Urbarri, Manuel María Urbaneja y Pbro. Dr. Manuel Gámez, remitimos á los lectores á los apuntes biográficos, que acerca de dichos personajes publica la Revista en las secciones correspondientes.

Declaración de amor

Nada es tan difícil para un enamorado tímido como la declaración. Hay constantemente ejemplos de individuos que pasan años haciendo ánimo para enderezarle un *yo te adoro* á la dama de sus pensamientos y que en eso se quedan; en tanto hay otros para quienes el lance ofrece tan poca dificultad que le hacen declaraciones al lucero del alba. ¿De qué lado se pone la fortuna? Difícil es saberlo con fijeza; pero es lo cierto que, si no es para la dama repulsivo el galán, cuando éste pone en su declaración el fuego que anima al que el grabado de la primera página reproduce, con cuánta facilidad salta una chispa á producir mayor incendio en el pecho de la dama!

El asunto está tan bien tratado en el dibujo á que aludimos que, al verlo, dan tentaciones de exclamar: "Fuego en la Santa Bárbara!"

El Bello Sexo Artístico

Aplausos muy entusiastas merece la Sociedad musical que representa nuestro grabado. La historia de su creación y desarrollo la encontrarán los lectores de EL COJO ILUSTRADO en otra sección de la Revista, escrita por la ilustrada pluma de un valenciano. Y á propósito de esa sociedad, ocurresenos la idea de que Caracas se va quedando muy atrás, en lo que á este orden de cosas se refiere, si la comparamos, así con la capital de Carabobo como con la del Estado de Falcón. En esta última ciudad existe tiempo há la Sociedad *Armonía*, sostenida con éxito siempre creciente por escogido núcleo de señoritas, y ya Valencia realiza con resultado no menos favorable nada menos que la organización completa de una orquesta femenil. ¿Faltan en Caracas elementos entre el bello sexo para la creación de círculos artísticos y literarios? Lejos de eso; sobran y de la mejor ley. Cuadra de Caracas conozco yo que por sí sola es un emporio de inteligencias y bellezas femeniles, y donde con ligero esfuerzo de promoción podría nacer y desarrollarse un círculo primoroso de literatura y música. No habría sino resolverse á bailar menos y á estudiar un poco más. Ojalá se realizara esto en no lejano día.

El consuelo de la vida

Suponemos que representa este grabado á una joven viuda que deposita ó traspasa á su hijo todo el afecto que profesaba al esposo muerto. Consuelo positivo este, antiguo como el mundo, pero no menos cierto y natural; sirviendo por tanto como tema lógico para expresar parte muy aqulata de los humanos sentimientos.

Plaza Falcón—Alameda Falcón (Coro)

La histórica ciudad de Coro ha satisfecho una gran deuda para con el hombre de talentos múltiples y gran corazón que supo por sus virtudes

cívicas y privadas alcanzar los altos puestos de Jefe de la Federación venezolana, y Presidente de la República. Merecía, como el que más el General Falcón, que su nombre perdurara en monumentos, y su ciudad natal, oyendo la voz de la Justicia, levanta á su memoria la bella estatua cuya copia reproducimos hoy, y da el nombre del gran Mariscal á uno de sus principales paseos. Sea bendita la patria que sabe honrarse honrando á sus nobles hijos.

Puerto Cabello: Cardones, Dátiles, Paso Real

Nó se reduce á sólo el ornato y aspecto general de una ciudad lo que ella ofrece de interesante así para quien la visita como para quien desea formarse idea de todo lo que á ella concierne, por medio de vistas etc. Así, vemos que Puerto Cabello presenta bella y exuberante vegetación tropical, como nos lo indican los grabados de las páginas 339 y 340.

Entrada al túnel de Boquerón

Es este el punto donde reza el credo todo creyente que viaja entre Caracas y La Guaira. La entrada al túnel se hace por sobre un pequeño puente que está sobre vertiginoso abismo. El peligro es antes imaginario que real; sin embargo, no se libra del escalofrío ninguno que se asome por el ventanillo al entrar al túnel.

Valencia.—Plaza Bolívar.—La Laguna

La Plaza Bolívar de Valencia es, según se nos dice, y lo confirma el grabado de la página 340 uno de los más pintorescos sitios de la ciudad, y de consiguiente muy concurrido. Hermosa aparece la Catedral en la vista que reproducimos y es de creerse que á su aspecto exterior corresponde el interior. Trataremos de hacerla conocer por dentro á nuestros abonados, si logramos obtener para ello una vista que se preste á la reproducción.

Parte del lago Tacarigua, situado como se sabe á inmediaciones de Valencia, nos representa otro grabado que publicamos hoy. Son bellísimas las perspectivas que por doquiera ofrece aquel extenso lago cuyos bordes estan sembrados de riquezas.

Pronto la fácil comunicación nos pondrá á los habitantes de la capital de la República en aptitud de ir á conocer la de Carabobo, tan interesante por innumerables respectos.

Antiguo mercado de Caracas

Aún lo recordamos, con la viveza de impresiones que trae á la memoria todo aquello que se relaciona con los pocos momentos de pura felicidad que gozamos en los días sin sombras de los primeros años de la vida. Era costumbre en aquel entonces que toda la chiquillería caraqueña fuera en los días feriados á resarcirse de sus quebrantos escolares, á la plaza, como se la llamaba lisa y llanamente. Allí, deleitados los impúberes oídos con el canto de curufutates, chirulles, paraulatas y arrendajos; los infantiles olfatos aspirando los aromas de las flores tropicales, y la vista alegre con los variados colores de carnes, aves y frutas, nos dábamos todos los chichelos á repletar nuestros bolsillos de cuantos comestibles y sabandijas alimenticias podían satisfacer nuestra inocente golosina. Y cuán delicada sazón hallábamos en todo aquello que pasaba por el gazzatí, sin casi ser masticado! Fuerza digestiva sin par, como que aquellos cerebros de niños que regían el estómago, vivían llenos de dulces claridades, hijas de la fe aún no perdida, y de suaves, deleitosas ilusiones no calcinadas todavía al fuego intenso de la ambición viril. Y hoy..... casi como á amigo muerto contemplamos en pálida copia ese antiguo mercado que fué para nuestra infancia, punto de plácidas fruiciones y palenque de triunfo para nuestras pueriles é inocentes vanidades.—Duerma en paz.

Música

Obsequiamos hoy á nuestros lectores con un precioso vals titulado "El Círculo", y que es producción de nuestro inteligente y estudioso amigo H. O.

El poeta Landaeta

¿Quién no le recuerda? Quién dejó de gozar con sus originales producciones, con aquellos *aguinaldos* sin rival que se esperaban con anhelo por todo Caracas, y que eran siempre protesta viva y sabrosísima contra la Métrica y la Lógica? Ciertamente que no faltan herederos de Landaeta en prosa y verso, pero esos no componen sus necesidades con aquella sencillez y pureza de intención, con aquella pobreza de espíritu que era más que digna del reino de los cielos.

A la hábil pluma de Herrera Toro debemos el original del grabado; gracias por él.



ANTIGUO MERCADO DE CARACAS EN LA PLAZA DE CATEDRAL (HOY PLAZA BOLÍVAR).

CUADROS CARAQUENOS

Los jóvenes no comprenden el culto respetuoso que los viejos tienen por las cosas que han vivido mucho; y como se trate de monumentos ennoblecidos por el moho y la roña de los tiempos, nada hay que les regocije tanto como verlos demoler; cuando no sea sino por un resto del maligno instinto de destrucción que es connatural con la niñez y que ésta trasiega en la juventud. ¿Qué se les daba, por tanto, á los mocetones de entonces, el que cien obreros, armados de piquetas se ensañasen contra la vetusta y maciza arcada de mampostería que circundaba ó enclaustraba la hermosa plaza de la Catedral, desde que lo fué de armas bajo el marcial poder de la colonia española? ¿Pensaban por ventura que de aquellas ruinas había de surgir la nueva Plaza Bolívar, hermosa y espléndida como un pedacito de París; con sus pintorescos jardines, y gratos paseos, sus ceibas corpulentas, sus sombrías cepas de bambúes, sus claras fuentes, sus ricos candelabros, su elegante verja, á la que hacen paralelas las cuatro calzadas circunscritas por hileras de copados y garridos caobos; y en medio de ese conjunto de flores, follaje, agua y luz, la efigie del Padre de la Patria sobre descollante pedestal, encabritado el caballo, como si oyese el vitoreo de cinco pueblos redimidos, á los cuales parece saludar el Héroe Libertador? Todo eso podía estar en la cabeza y en los planos de los ingenieros, mas no en el magín de los que allí iban tan sólo porque tocaban á tumba, encantándoles el ver á los peones de albañil zapar por sus bases las robustas pilastras; como quien descarna un molar antes de tirarle con las pinzas;

luego ver aplicar el *gato* á la roída columna, darle vuelta al manubrio del aleroso instrumento, sentir y mirar el resquebrajamiento del arco por la espesa clave; y contemplar en el colmo de la ansiedad y de la tirantez de los nervios, la gradual inclinación de la mole, como un gigante herido de muerte que se desploma, hasta que perdido el centro de gravedad, la pilastra, llevando consigo dos pedruzcos de los arcos caía á tierra con sordo estruendo, convertida en un montón de escombros blancos y rojos.

A cada lienzo de arcada que caía, los granujas, que son comparsa obligada de toda urbana catástrofe, aplaudían y chillaban con delirante entusiasmo; los jóvenes sonreían complacidos del espectáculo pero detrás de ellos, como en fila de respetuosos, doloridos, ponían cara de funeral los espectadores de pelo cano, y les miraban con airados ojos, como diciéndoles: ¡sacrilegos!

Viéndolo bien, aquello tenía mucho de profanación. La arcada no era muy elegante que digamos, mas era antigua y monumental, y con ella desaparecía un mundo de recuerdos históricos.

¿Quién ha dicho que no hubiera podido aprovecharse la vieja estructura, combinándola con las obras nuevas de embellecimiento que el progreso de nuestra cultura capital estaba reclamando? Vámonos, la cosa no tiene ya remedio. Lo bonito ha sustituido á lo histórico y solemne.

En lo que sí estamos todos en un corazón, es en que había de echarse de aquel recinto el mercado de aldea que por tantos años encerró. No era decoroso para la casa de Gobierno ni para la casa de Dios el espectáculo que á sus puertas tenían, de tenduchos ignobles, de armatostes de quita y pon, de harapos de lona figurando toldos para las

legumbres, de los garfios grasosos para las carnes de los cajones fermentados para las baratijas, de los toneles embreados por el sucio del continuo manoseo, en que se guardaban por la tarde las patatas que no se habían vendido ó que no se habían fermentado; y todo aquel tren de cosas no sanas ni pulcras, á cuyo derredor, cuando había desaparecido la animación del mercado, bullían y zumbaban ejércitos de negras moscas y pléyades de moscardones verdes, en tanto que por dentro de lo citado hervía devorante una dinastía de ratones y otra bichería inmundicia que gusta de los agrios fermentos de los vegetales y del maloliente zahorino de las sustancias animales.

Pero convengamos en que por la mañana, á eso de las ocho, que era cuando la plaza estaba en toda su gloria de decoración, de actividad y de bullicio, presentaba un aspecto seductor. Los tenduchos, abiertos de par en par, mostraban estantes cuajados de luciente quincallería; los armatostes se vestían de pañuelos á chillones cuadros, de vistosas elásticas, de sombreros, medias, calzónes interiores y otras prendas destinadas á ambos sexos, tras de las cuales se iban ojos y cuartos á la pobreza foránea; colgábanse los garfios con el rojo sangriento de la carne muerta, ó con lechoncillos blancos como niños, cuyos dientes de leche apretaban una rosa ó un clavel; y á su lado pendían vivos racimos de pollos con las crestas amoratadas y como amenazados de ahogarlos la sangre.

Extendidos en el suelo veíanse más ó menos sucios lienzos sobre los cuales se esparcían en montones provocativos los duraznos de ternísimo verde ó de róseo matiz, que parecían otros tantos carrillos de muchachas frescas de las tierras frías

que los producen; altas pirámides de sezonadas piñas: aquestas con ducal diadema, esotras con coronas de emperatriz y las más con papales tiaras, lagrimeando la perfumada miel por las sajaduras de su coraza de escamas relucientes como el oro; ya eran serones llenos de manzanas de los ventisqueros de Galipán, que nunca se vienen á rojas, pero dulces que es un regalo; ó tomates dispuesto de ocho en fondo, especie de dalias de carnudos pétalos; ó cepas de coles y lechugas cuyo follaje conservaba todavía las cristalinas gotas de que las rociara el jardinero del cielo con su regadera de blancas nubes, que no abandonan nuestras cumbres.

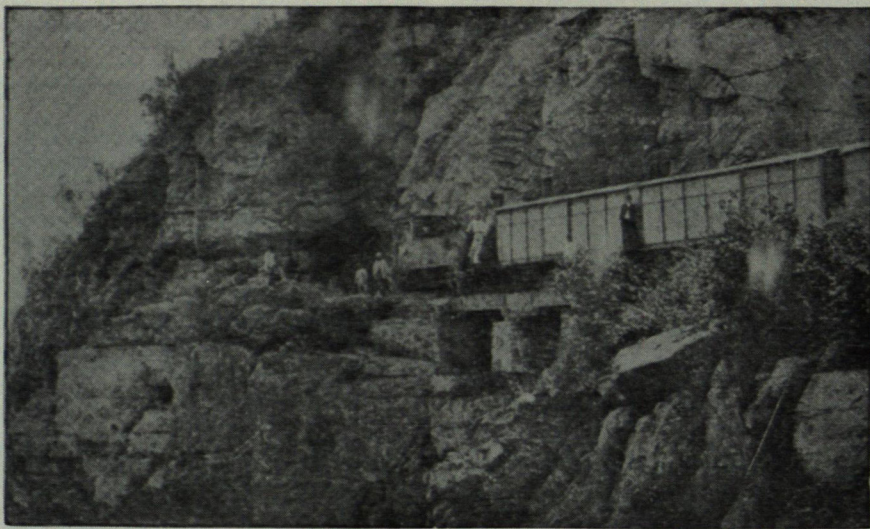
Y por aquí aquella papa criolla tamaña como piedra y que una peste se llevó para siempre de nuestros surcos; y por allá los fragantes limones, que parecen esfera de oro; ó los manojos de apio, amarillo como la yema del huevo, adminículo inseparable del caldo de pollo, al cual da un saborcito de cosa hervida allá en los cielos; y el rocalloso fiame, verdadero pan de crema; tamaños algunos como para fatigar con su peso al mismo Sísifo; ó el mapuey de fécula color de vestidura arzobispal, bocado de idem; ó el lairén delicioso, que ha expulsado á la trufa extranjera; y tantos otros sabrosísimos frutos de nuestra zona varia como ninguna y fecunda sin rival.

Empedrada quedaba la plaza con aquellos dones del nativo terruño y perfumado el ambiente con sus vahos, mezclados y combinados de tal suerte, que el olfato, aspirándolos, disfrutaba de algo así como de una sinfonía deleitosa. Desde muy lejos sentía uno el aroma del durazno de Sabaneta y Petaquies, el más oloroso durazno de cuantos produce el costrón de la tierra en toda la redondez del planeta; y á poco que iba uno adelantando en el laberinto del mercado, salían á recibirle el limón con su aliento de azahar, y los nardos, azucenas, claveles, jazmines y romero con su mareante perfume, con el que retozan las brisas allá en las cumbres de Sanchoquiz, y que crecen al cuidado de rústicas manos, en descabalados tiestos y sobre enclenques trojes; á cuya virtud modificábase y hácese amables los áeres efílvios del cebollín, la confortable fragancia de la yerba-buena, y el hostigoso tufo del culantro.

No había allí, como en otros mercados, gerarquías ni separaciones. Todo estaba confundido en la más democrática igualdad, excepto las comidas ya confeccionadas, cuya sección abría la legendaria maritornes Telésfora, monumental como sus gigantescas ollas; maestra archimaestra en las clásicas especialidades criollas de la olleta y el mondongo, tras cuyo secreto, más precioso que el de la piedra filosofal, corren las cocineras del día sin poder hallarle. Sentada en el sacramental *butaque* de cuero de res sin adobar, velase á aquella maciza señora, de humildísima estirpe, más entonada por la conciencia de su peregrino arte, aunque tan popular como sus succulentas cochuras, para las que tenía parroquianos de todos los niveles sociales, como lo comprobaban los jóvenes eclesiásticos del vecino Seminario Tridentino, llevándole vacías, y luego retornando al Colegio con ellas llenas y calentitas bajo sus amplios manteos, las socorridas marmitas de hojalata con que solían suplir las deficiencias del refectorio.

En punto á popularidad, no tenía Telésfora más que una rival: la Laures famosa. Sólo que no se hacían sombra en los campos de la gloria estas dos estrellas de magnitud primera, por la sencilla razón de que cultivaban géneros diversos. La una descollaba, mejor dicho, era única en aquellos ya mencionados guisos, en tanto que la Laures, recluida en su laboratorio de cacharros y coladores, había consagrado sus años todos á producir el celeberrimo carato que aún lleva su nombre; néctar plebeyo extraído del maíz y con tal maña aderezado, que mortal ninguno ha logrado contrahacerlo ó imitarlo, cuando no sea en la inevitable hojita de naranjo puesta á guisa de tapón en las botellas, y que se considera como «cachet» ó marca de fábrica de la ilustre inventora de tan grato desalterante.

Después de las citadas confecciones, seguan otras especialidades de segundo orden, verbigracia: el adobo de puerco, en que trascendían á leguas la pimienta y el orégano; rubio por el tinte del onoto y con su buen salpicón de tomate; la de las tortitas de desayuno, en cuya preparación entran el maíz y el plátano con un si es no es de queso frescachón; morenas como cachetitos de mestiza, esponjadas, ampoladas al amor de la sartén, apetitosas, bien olientes, y de las cuales se calcula: hasta dos docenas, y ni una menos por cabeza: así se dejan ellas engullir mansa y tiernamente. Eran las tales tortitas primas en primer grado, aunque por rancia de bastardo, de los bollos de maíz que á ellas seguan; aderezados con manteca sin asomos de rancio, en cuya maza se deja deslizar, con descuido y con cuidado, una que otra mijá de carne de puerco, y se les proporciona cierto toque aromático por medio de algunos granillos de anís enguerrillados en todo el cuerpo,



ENTRADA AL TUNEL DE BOQUERÓN

(Ferrocarril de La Guaira á Caracas)

vistiéndoles luego con una hoja seca de maíz, y apretándoles por la mitad con una torcida de la misma hoja, con lo que tomaban forma de regordetes frailecicos mercenarios con su hábito blanco y su cordón á la cintura.

En seguida tomaban puesto las populares hacedoras de arepa de chicharrón; la más pedestre pero la más succulenta de las combinaciones indígenas del maíz, puesto que entran en ella, como parte muy principal los achicharrados trozos de carnoso tocino; y allí mismo, como naturales vecinas, las imponderables hallacas, que les dicen tamales en otras regiones de América; especie de paquetitos envueltos en la hoja del banano, dentro de la cual se guarda, cobijado por telliz de masa, el guiso sin par; sabrosísimo manjar que no conocieron ni cataron los dioses del Olimpo, por lo que no pudieron continuar siendo inmortales; y en suma, tendíase por allí toda una legión de vendedoras de portentos culinarios, de esos que no alcanzamos á apreciar bastante hasta que no dejamos la tierra amada para venirnos á ajenas playas, y vamos sucumbiendo gradualmente á la nostalgia de nuestras ollas.

No todos los vendedores de baratijas podían proporcionarse copioso surtido de ellas ni cajones trameados, ni anaques para exponerlas; y estas diferencias de proporciones hacían dividir el comercio allí congregado, en dos categorías: el alto y el bajo comercio. Al primero pertenecían los que contaban por los menos con un tonel volcado, cuya tapa inferior fungía de mostrador, mientras que el bajo comercio sólo tenía el santo suelo, sobre el cual el comerciante extendía un lienzo, una colcha ó un pañuelo, acomodaba en ello su mercancía y despachaba en cucullas.

En esta humilde categoría estaba matriculado el notorio y honrado Ambrosio, con su venta de catones, doctrinas y novenas editadas por Damirón, nuestro modesto Guttenberg. Por vía de atractivo para su comercio de obras religiosas, añadía Ambrosio otros artículos de uso masculino, tales como espejitos redondos de estaño, de esos de abre y cierra; botecitos de macasar, eslabones, lace, arenilla y cajitas con obleas inglesas, sobre cuya tapa de hojalata se ostentaban repujados en amoroso camafeo, los bustos gemelos de Victoria y de Alberto.

Ambrosio atendía á la vez á sus dos profesiones: la de comerciante por lo bajo y la de pertiguero de la vecina Catedral, dándose sus artes para no confundir la una con la otra, pues no hay ejemplo de que llevase á la puerta del templo su modesto tráfico, ni de que á la plaza descendiese nunca revestido del hábito talar escarlata, ni armado de la pértiga argentada de su secular ministerio.

Por muy encima de las dos categorías industriales ya citadas había otra mucho más importante, representada en la bodega; vasto bazar de comestibles y enseres domésticos; con su armadura de muchos tramos empavesados con cenefitas de papel de color picado, para despistar á las moscas; atestados de botellas de aceite, Rosolio, ginebra y otros caldos y de cajas de sardinas, loza blanca, cacharros de La Vega, nuestros Sèvres famosos; y colgando á trechos ristras de ajos y paquetes de triquitraques; continuando la decoración de colga-

jos en las paredes y aún en las hojas de las puertas, de donde pendían pieles de tigre, y de boas, y todo un surtido de albardas, jamugas, cabezadas, ronzales y otros aparejos de caballería asnal.

De un lado al otro de la bodega, corría el mostrador forrado de zinc, sobre cuya plataforma estaban colocados, á un extremo el cilíndrico queso criollo de palma metida, con tamaño cuchillo zampado hasta el corazón, sangrando crema por los apetitosos ojillos; y al otro extremo la enorme enroscada culebra de tabaco curado de Orituco, barnizado con sirope, asomando la fiera cabeza, siempre cortada y viva siempre como las de la fabulosa hidra.

Detrás del mostrador, en cuyo centro se alzaba la balanza de Astréa, con sus brazos en cruz, cual signo de suplicio, atendía á los marchantes un mozo dependiente, de negro y sedoso mostacho, pelo peinado con mucho esmero y mucha pomada; vestido en democrático *négligé*, ó sea en mangas de camisa, arremangados los belludos brazos, y atado al cuello, con cierta coquetería orillera, un pañuelito muy limpio, dejando ver sinembargo en apolínea desnudez la garganta robusta, hasta la misma hoyita; tras cuyas gracias y atildado áccalamiento combinados con las corriditas del peso y ciertas mercedes de caja, acudían de continuo, como las abejas á la miel, las sezonadas mulatitas de la capital.

Sabedor el propietario de la bodega de que los mozos dependientes le solían poner á contribución para hacer más fructuosas sus galanterías con las parroquianitas de fustán y camisa, se paseaba de cuando en cuando, con ojo avizor á lo largo de la trastienda; pero conociendo aquellos la treta trataban á las chicas con todo el rigor de la bodeguil ordenanza.

En tales momentos de suprema vigilancia, acontecía que llegaba una doméstica de esas de buenas carnes, de pelo de tercos entorchados medio sometidos á poder de peine, y de cosa así como media vela de Flandes, rostro no malejo y hombros y pecho recios y morenos como de estatua de bronce, lo cual dejaba ver al pulido hortera, haciendo que el blanco paño ó chal de algodón tupido que por la cabeza llevaba echado, rodase de allí hasta la cintura, mediante lo cual quedaba descubierta la camisilla no tan tupida como el paño, debajo de cuyos pliegues se ocultaban revelándose los turgentes escollos, Scila y Caribdis, en que solía encallar la prosperidad del establecimiento y naufragaba á menudo la conciencia de los mozos en que aquella reposaba. Conociendo desde la entrada la astuta muchacha que por el momento andaban moros por la costa, hacía un mohín, de disgusto y exclamaba:

—¡Hum! y ¡con que cara de Caifás se ha despertao usté esta mañana, don Alejo. Apuesto á que hoy me pesa usté hasta el papel de estraña! A lo que el chico, más serio que un boticario, decía:

—Despáchate pronto, muchacha; ¿qué es lo que quieres?

—¡Guá! don Alejo. Usté no está aquí para vender repugnancias ni groserías. Pero hijo, te digo que una y no más, señor San Blas. Ea, déme

usté mantequilla, jabón y fideos. Lo demás lo mercaré en otra parte en donde tengan otros modos con las personas; porque ha de saber usted que no porque vista yo de lana se imagine que soy carnero.

Sin tomar nota de aquella descarga, giraba sobre los talones el dependiente, y sin decir una palabra, echaba mano á la paleta de madera que sobresalía del cufilete de la mantequilla, metala con calculada fuerza, hacíala girar palanqueándola y sacaba á la luz del día una buena pellada de grasa, mientras que con la siniestra mano tomaba una cuartilla de papel de paja amarillo, que hacía parte de una como estrella ó rosa de concéntricas hojas, formada con muchas cuartillas iguales; luego, con maestro golpecito de la paleta sobre el papel, dejaba en éste todo el contenido de aquella, colocábalo en seguida en un platillo del peso, y en el otro dejaba caer una pesa de hierro, de las de á libra, y con aire de matemático satisfecho, miraba los platillos nivelarse y el fiel de la balanza marcar con irrefutable precisión.

—Guá! don Alejo, mire que no está usted pesando tártaro emético, exclamaba la malcontenta doncella.

El mozo, ojo al Cristo, cuyos pasos oía detrás de la armadura, no respondía una palabra, ni parecía advertir que la camista de la parroquiana se iba descolgando por el hombro abajo, á proporción que la joven se echaba más y más sobre el mostrador, y tomaba otra hoja de papel, metía los dedos en la caja de fideos y sacando de ellos un puñado, lo ponía en la fojita, lo arrojaba en el platillo y mirando sonreído al fiel atestiguar su exactitud, volvía á tomar el papel, juntaba sus orillas para encerrar los fideos, y apretando las puntas del paqueto con una y otra mano, lo hacía girar hasta torcer los extremos.

—Judío! exclamaba la criadita cada vez más picada.

—¿Jabón dijiste también, muchacha? preguntaba el mozo haciéndose el olvidadizo.

—Sí, señor, jabón; del que en el infierno deben darle á los pichirres y extreñíos, contestaba la desairada hembra.

El mozo se llevaba la mano á la frente en ademán de espantar una mosca, pero en realidad para dar un toquecito coqueto á la onditá de pelo que sobre ella caía, y girando nuevamente sobre los talones tomaba una barra de jarrón, colocábala sobre un sitio especial del mostrador en donde pendía un alambre fino de cobre; pasaba éste por encima de la barra, tiraba gradualmente y el trozo de jabón salía partido con toda maestría.

—Apuesto á que ahora sí se pela usted, don Alejo, decía la muchacha ensayando un remilgo provocativo.

—Me como lo que sobre de la libra, respondía riendo el mozo, mientras arrojaba el lingote de jabón en la balanza, con el mismo exacto resultado de las veces anteriores.

La criadita arrebatada los tres paquetes, los metía con displicencia en el cesto, pagaba su importe, tirando ruidosamente las monedas sobre el mostrador, se acomodaba la camisa, que ya había caído más de lo conveniente, montábase el paño en la cabeza, cruzándose luego sobre el pecho, y salía caminando con la rítmica zandunga que las caracteriza, no sin volverse desde el quicio de la puerta para decir al ingrato mozo:

—Caimán!

—Palometa! contestaba el dependiente, y se entregaba á atender á otros parroquianos, aguardando la ocasión de no estar vigilado para mostrarse menos severo con las buenas mozas.

La animación de la plaza era de lo más atractivo y pintoresco; prestándose á un prolijo estudio de nuestras costumbres á cualquiera que hubiese puesto ojo observador en los variados tipos que por allí discurrían, oyendo la chismografía de las cocineras y comadres, las discusiones políticas de los tribunos de orilla y movedores de barrio; ó ya siguiendo la pista al ilustre señor diputado de Abasto que de puesto en puesto iba recogiendo en el pafuelo de cuadros atado por las cuatro puntas y colgado del índice encorvado á manera de garfio, los diezmos y primicias que estaba convenido le pagasen diariamente los pobres industriales que de él habían recibido la merced de cerrar un ojo, y á las veces ambos candiles, al acto de reconocer y calificar la buena ó mala calidad de los alimentos de sus respectivos tráfico; ó bien yéndose detrás de los Procuradores de media cuchara que del propio modo que el diputado de Abastos iba haciendo estaciones en los algaritos de carne y otros comestibles, cobrando en sustancias alimenticias atrazados y futuros honorarios á sus clientes; recolecta que luego se llevaba á casa en el colgante y socorrido pafuelo de Madrás.

Estas escenas que acentuaban aquel inmenso cuadro, tenían por acompañamiento arrebatador el bullicio múltiple de cuanta cosa sonante y bullanguera se puede imaginar, sobre todo á eso de las nueve de la mañana, hora en que sin pré-

via deliberación y por mera coincidencia, reuníanse en *tutti* estruendoso, la vocería de la feria, la música del órgano de la Catedral, los tropezones de las carretas en las calles que circunscriben la plaza, el redoble de los tambores y el chillar de las cornetas de la guardia del Principal, situada en el ángulo Noroeste del cuadrilátero, y el repique furioso, epiléptico de cien campanas: solemnes y graves las de la Catedral; rajadas y gangosas las del Seminario; armoniosas y entonadas las de las Monjas Concepciones; festivas las de San Mauricio; tercas y regañonas las del Convento de Dominicas y reventita-timpanos, chillonas, impertinentes, incansables, las campanitas de almirez de las madres Carmelitas. Y no era eso todo, sino que á causa de semejante zalagarda y estrépito, ó porque ya el sol calentaba más de lo regular los lacerados lomos de un escuadrón de borricos de ambos sexos pertenecientes á las verduleras foráneas, puestos á espera y sin otro alivio que el descargo de sus albardas en un corral vecino á la plaza, se daban á rebuznar en estentóreo concierto aquellos infelices animales, aburridos de la vida ciudadana que por tan modificante faz se les hacía disfrutar.

En tan apocalípticos momentos, advertíanse no pocas manos llevadas á los oídos; y quien se hubiese asomado por la reja del Seminario que daba luz á la clase de Derecho de la Universidad, huésped entonces del Tridentino, habría podido ver al ensordecido Profesor de aquel Curso cerrar desalentado el texto, hundir la cabeza entre las manos y echarse de bruces sobre la mesa, como buscando, en actitud semejante á la que al camello, (perdónesele la manera de comparar) aconseja el instinto mientras pasa la ardiente avalancha del Simoun.

No siempre apaciguábase aquel estrépito porque fuesen languideciendo los repiques ni porque callasen los jumentos, ni porque acabasen de relevar la guardia del Principal, pues de improviso solía alzarse atronadora gritaría y tempestad de silbos y pitos, en el recinto mismo de la plaza, con lo que se adivinaba alguna travesura de chicos echando á correr perros con cerremos atados á la cola, ó alguna de las originales cotidianas pesadas burlas de Olivares.

Era Olivares hombre inculato, pero de graciejo natural, y por ende temido y querido al mismo tiempo por todo el comercio alto ó menudo de la plaza. Tenía cosas; y por pesadas que éstas fuesen, hasta las víctimas se las reían.

El día menos pensado se encuentra usted con la horma de su zapato, solían decirle por azuzarle á nuevas burlas los amigos y compinches de Olivares. Sobre todo, cuídese usted de chanzas con el huevero aquel de la esquina de la Catedral, que es hombre de pocas pulgas.

Lo dicho bastaba para que Olivares se encaminase hacia el sitio donde había plantado sus tiendas el consabido huevero, que no tenía nada de fiero sino que era un pobre diablo oriundo de Chacaco, vestido á la usanza campesina de la comarca: larga camisa de lienzo burdo echada por fuera del anchísimo calzoncillo de lo mismo, el cual se ataba de la cintura por medio de un cordón ó trenza en jareta; sombrero de palmas y alpargatas.

—¿Tiene usted huevos de gallina negra? le preguntaba muy solícito y serio el buen Olivares.

El pobre hombre abría los ojos como alelado, y respondía:

—De negras, blancas y pintas tengo; pero el diablo lo que nos reconozca.

—Mire usted, decía Olivares, tomando del cesto uno de los huevos y mirándolo al trasluz; éste es de gallina negra. Vaya usted poniéndolos en la falda de su camisa, que yo separaré los que necesite.

Y reuniendo hasta cuatro docenas de los pretendidos huevos de gallinas negras en la camisa del palurdo, el travieso Olivares, súbito le tiraba de la trenza de la pretaña dejándole velis nolis, con los calzones convertidos en grillos. El pobre hombre, viéndose en aquel estado, no acertaba á soltar la ninada que tenía sujeta en la camisa, en lo cual ocupaba ambas manos; no quedándole otro recurso para cubrir su desnudez, que el de acucillarse como para empollar, al uso de sus cluecas, en tanto que Olivares se escapaba por el laberinto de tinglados de la plaza, y los muchachos reían, chillaban y silbaban que era un infierno.

En la hilera de casuchos que daba frente al Palacio Arzobispal y al Seminario Tridentino, figuraban como sitios de perenne concurrencia, aún después de concluida la animación del mercado, la barbería y la frutería. La tienda de nuestros Figaros tenía el tipo característico que le imprimió la colonia en su más refinado molde andaluz. A la entrada, el cancel de madera ó de lienzo encalado, según la categoría del establecimiento; con el óvalo de vidrio en el medio, á través de cuya transparencia, un tanto ofendida por descortes moscas, veíase el legendario frasco de agua

en que culebraban pegajosas sanguijuelas, algunas delgaditas y hambrientas, pegando y despegando sus ávidas ventosas al cristal, otras gruesas é hidrópicas por la mal exprimida hartura de la vispera, tendidas en el fondo del frasco como si se hiciesen las muertas, y manando de sus ascosos cuerpos hilitos de sangre humana, que iban tificando el agua con cierto tonillo de ámbar muy repugnante á la vista.

Al lado del frasco grimoso, el sacramental ramo de frescas flores recogido en un vacito azul con lo desportillado hacia el interior de la tienda. Colgaban de la pared dos jaulas en que brincaban silbando toques de cornetas un turpial y un arrendajo, los que, además de sus habilidades filarmónicas, tenían la de comer salpicando con piltrafas de plátano y pepitas de guayaba á los parroquianos que, tendidos boca arriba en las butacas, sufrían el martirio de la rapa.

Las paredes gastaban papel con cenefas, y el mismo lujo se permitía el cielo raso de cotofía, en el cual lucían curiosos mapamundis á la aguada, obra de los gatos que por el mechnal se entraban como Pedro por su casa, á sus amorosos escarceos y otros abusos de hospitalidad.

Unas cuantas sillas, una cómoda para guardar los toallas, un armario para las jaboneras, brochas y navajas de los abonados, dos consolas soportando espejos de medio cuerpo que reflejaban floreros llenos de espigas de caña; tres bacías de latón, otras tantas alfajinas de porcelana y algunos asentadores de corazón de maguey, formaban el ajuar, pues no entran en esta cuenta las chinelas de estambre arrimadas á la pared, ni el montón de pelo, empolvado de ladrillo, muestra del trabajo de la semana, que hasta un rincón: había llevado la escoba, conservándose ésta como acuñándolo contra el ángulo, y como indicando que aquello no había de quedarse allí.

Por lo que hace á ornamentación mural, era ésta escasa pero escogida, y consistía en unas flamantes estampas de actualidad, á saber: grabados de Flor de María, la Marquesa d'Harville y Rodolfo de Gerolstein; un retrato del General Páez ó uno de Antonio Leocadio Guzmán con patillas á lo Zumalacárregui; un creyón de Su Santidad Pío Nono y una litografía de la Avellaneda.

Como puede colegirse por lo que queda enumerado, la barbería no se apartaba del modelo tradicional, y por si algún lector impaciente quisiese cogerlos en falta por haber olvidado la indispensable guitarra, nos apresuraremos á tranquilizarle diciendo, como decimos, que este principalísimo detalle no es de aquellos que se echan á granel, y mucho menos en el presente caso en que hemos de consagrarle todo un párrafo; porque ha de saberse que colgaba allí también la guitarra de rigor, no ociosa siempre, sino punteada y rasgueada con embeleso por uno de los oficiales del establecimiento, cuando á eso de las tres á las cuatro se llenaba éste con la tropa instrumental de nuestros bailes para ensayar, con el cumplimiento de violines, flautas, guitarra española y guitarrilla criolla de cinco cuerdas, los valsees, danzas y polkas que acababan de componer los nativos ingenios de Isaza, Colón, Caraballo, Isidorito y Magdaleno; á cuya deliciosa música, que produce un sabroso escarabajo por todo el cuerpo, se agolpaban los transeúntes y bloqueaban la tienda por todo el tiempo que duraban aquellos ensayos, prolongados hasta muy tarde, por más que trasnochados de continuo los ejecutantes llegasen á cabezear y aún dormirse algunos de ellos, en cuyo caso, el guitarrista, veterano en el oficio, solía decir á su camarada el de la flauta:—“Melitón, despiértame en la pasada á sí bemol,” lo que Melitón cumplía oportunamente por medio de una significativa patadita, lo bastante para que el dormido filarmónico, que seguía rascando las tripas á su vihuela, á pesar de estar en el otro mundo, se despertase al punto, y cambiando la posición de los dedos sobre el diapason, cogía al vuelo el tono relativo, tornaba luego y á tiempo al tono principal, y sin ser infiel al tracio dios del arte, caía nuevamente en brazos del otro Orfeo que se escribe con M.

La frutería emplazada en aquella misma fila de tenduchos es uno de los puntos del cuadrilátero que más se regocija la historia en recordar, y merecería, en vez de esta desgrefiada mención de la humilde pluma nuestra, una lápida votiva puesta en el sitio afortunado que por tantos años ocupó, porque si es cierto que de los claustros universitarios á que daba frente salieron togados eximios, también es cierto que en aquella gruta encantada brindaba Pomona sus dulces frutos á los hijos de Minerva, con lo que se refrescaba la ardientia de las juveniles mulleras en las caliginosas horas del estudio de las ecuaciones de segundo grado ó del binomio de Newton, ó en las no menos angustiosas del batallar del raciocinio y la memoria con las abstrusidades de la teología y de la metafísica.

Cuando decimos que Pomona ofrecía allí sus frutos, lo decimos por pura pedantería mitológica,

porque en realidad el dueño y señor de aquel rebozado cuerno de la abundancia no era otro que Laureano, el mellifluido amigo de las abejas universitarias, que dulce, mil veces más dulce que la miel de sus refrescos, frutos y conservas, las atraía sin cesar.

Arrancada de pilón aquella frutería y trasplantada á cualquiera de las Exposiciones europeas, habría bastado para dar al universo entero la idea de la fecundidad y variedad de nuestra privilegiada zona. Allí se codeaban las pomarrosas de la nevada Sierra con las áureas naranjas de la tierra que desposa el sol; allí los blandos racimos de innumerables especies de banano, desde el morado corpulento que no alcanza la mano á abarcarlo, hasta el ciento en boca, del tamaño del dátil de Alejandría y tan dulce como este delicioso africano; allí la guanábana, de espinoso costrón, especie de paquidermo verdinegro, con corazón de armiño; y el aguacate, verdadero Proteo de la mesa, pues es como se quiera, fruta, vitualla y untuosa crema; la granada, riñente andaluza de encendidos carrillos, con joyas por dientes y con corona de reina; la pomarrosa, que por su forma, sabor y fragancia parece fruto de huerto persa, cultivado por sultanas; el melón olorosísimo y sabroso, de quien está celoso el valenciano de España; el esférico mamey cuya rugosa corteza esconde grata sorpresa al paladar; la parcha granadilla, regalo de aristócratas, y la parchita de casco de oro, sorbo de reyes; el mamón carnoso, el icaco entretenido, el azucarado nispero, el zapote que empalaga, el mango varío, de bocado y de hilacha, la ciruela de huesito; la uva parra, rival de la que sazona el ardor del Vesubio, y la uva de playa, fruto de los amores de la tierra y el mar, en cuyo sangriento jugo puso la una grato dulzor y el otro la incitante salsedumbre; el limón dulce y la cidra, hermanos carnales, que á consentirlo Roma, ingertáramos, en lícito consorcio para producir un nuevo fruto, digno regalo de nuncios y embajadores; el riñón de tuberculoso aspecto, cuya blanca pulpa contiene más azúcar que la caña de Salangore, la quinta esencia de las dulzuras del Trópico, que no podrá saborear quien no vaya á buscarle á aquella tierra de Dios; pues que no tiene más vida que para caer de la rama y madurar en nuestros labios; y otras tantas frutas que hacen el orgullo de aquel suelo incomparable.

Formados en orden de parada, pasaban revista de municiones, en un extremo del mostrador, numerosos porrones de ancha boca, que contenían refrescos sacados del jugo de las frutas; y al otro extremo cerraba filas todo un cuadro de apetitosas conservas, almibares y pastas de confección doméstica. Cubriendo los varios flancos estaban las tres clásicas conservas de coco, á saber: la requemada, la aturronada ó de ladrillo y la melcochosa de las Monjas; á las que seguían la de toronja de Guatire y el pifonate, los dulces de cabello de ángel, de durazno, de tamarindo y de calabaza, y los más aristocráticos de membrillo y de guayaba, con sus numerosas variedades; en tanto que en campamento aparte se alineaban en bandejas, platos y tazas de diverso tamaño, el majarete, el tequiche, el manjar blanco, y la caraqueñísima pelota, especie de gelatina de maíz en punto de fermento, envuelta en verde hoja de banano, mucho más rica y codiciada si se le ha dejado ir en su tembloroso cuerpo una veta de requemada raspadura.

Constituían las reservas de tan formidables fuerzas, las pastas que bajo cubierta de vidrio se resguardaban de moscas y avispas; entre las que figuraban: las quesadillas rociadas de granos de ajonjolí; la polvorosa de mirame y no me toques; los almidonitos vidriosos; los melindres, besitos y cocadas, los merengues grandes y los merenguitos; los gofios y alfajores; las nuecesitas polvoreadas de canela; los trocitos de alcorza y de alfeñique; los limoncitos azucarados; los bocadillos de Mérida, las calabacitas acarameladas, la melcocha, rubia como crinejas de vírgenes teutonas; y para cerrar la cuenta con algo todavía más clásico, mencionáremos al "pan de horno," cuyo nombre suena como palabra de Tántalo al oído del caraqueño ausente. Tal era, pues, el refrigerante establecimiento regido por Laureano, tan acomodado á su índole mansa como la misma horchata, y á sus modos adamados, aunque zurdos, por cuanto no había pasado por él la lija de la cultura, ni lo había desbastado siquiera el cepillo del maestro de escuela. Su finura resultaba ser un asomo de aquella vacilación que la naturaleza experimenta á ocasiones para decidir el sexo de las criaturas.

Lleno como estaba siempre su cuartito por sus comensales los estudiantes universitarios, pareciera extraño que con el roce continuo de aquellas lumbreras en ciernes no se desasnase el bueno de Laureano; pero en cambio se desarrolló en él cierto amor por el arte dramático, tan acendrado, que llegó á poseerle como una verdadera pasión. Florecía por aquellos benditos tiempos el teatro del Maderero, en que compañías de aficionados

daban aquellas inolvidables representaciones llamadas de Nacimientos y Entrada á Jerusalem, á las cuales, Dios mediante, dedicáremos algún día nuestro recuerdo. Pretenden algunos que allá por sus mocedades desempeñó Laureano el papel del Ángel Historiador en el susodicho teatro; pero ni está esto comprobado, ni podía ser así, por lo que vamos á referir.

Lo que sí consta, es que el laborioso fruterero protegía con larguezas sacadas de su industria, el teatro aquel, y que contra su caja giraban los empresarios en casos críticos, en que por falta del favor del público ó por causa de gastos imprevistos, veíase la empresa en trance y riesgo de hacer bancarrota.

Ya podrá imaginarse el lector si tendría ó no tendría vara alta Laureano con aquella gente. ¡Pues no la había de tener! El mejor palco era para él; allí pegadito al de la policía y muy cerca de los músicos y de las candilejas. Y no era eso todo, porque un buen palco lo puede tener cualquier bergante si repican de domingo en sus bolsillos. Pero el gran toque de la predilección con que se le miraba consistía en que no se disparaba un personaje á la escena sin que hiciese una mueca cariñosa á Laureano, bien fuese el fiero Herodes, ó el casto san José, ó la mismísima Virgen María, y lo que parecerá increíble, hasta el propio Luzbel, quien arrogante y soberbio para toda la corte celestial, tenía para Laureano un saludo amistoso y confiado de su cabeza cargada de cuernos, ó una graciosa sacudida de rabo entre sus uñas de hojalata.

No fuera Laureano como todo mortal hijo de la tentación, si hubiese salido incólume, de las que la vanidad le tendía hasta atormentar su humilde ánimo con los pujos inquietantes de la ambición.

Cierto día la junta directiva de la empresa teatral del Maderero fue invitada para sesión grave y trascendental. El Presidente expuso el objeto de la convocatoria, que no era otro sino que Laureano pedía formalmente un papel en la función próxima. Los circunstantes se miraron las caras. El caso era peliagudo, inminente; de vida ó muerte para la empresa, que casi vivía de la liberal protección del nuevo aspirante.—Pero, señores, el peticionario no sabe leer, alegaba un socio resuelto á quedar en la estacada antes que ceder á tan absurda pretensión.

—Le enseñaré yo el papel, contestaba el Presidente.

—No lo sabrá decir jamás, redargüía el socio.

—Se lo hará desembuchar el apuntador, contestaba la Presidencia, picada ya por la contradicción del terco preopinante.

Nada, que quedó decidido que Laureano haría su debut en un papelito corto y puramente espectacular, para lo cual se rogó al autor del libreto que introdujese un nuevo personaje apropiado á las facultades de Laureano.

Dicho y hecho. Se interpoló una nueva escena en el acto de la Degollación de los Inocentes, en la cual escena aparecía un consejo de nobles romanos presidido por Laureano en su calidad de áulico de Heródes.

Todavía hay en Caracas ancianas de aquellos tiempos, que al oír leer la descripción del traje con que Aladino se presentó á pedir la mano de la princesa, suelen exclamar:

—Muy bonito debió de ser; pero nunca como el que sacó Laureano en el Maderero.

Y en efecto aquello fué cosa del otro mundo. Inspirémonos en la pompa de la indumentaria heroica para describirlo. Componiase el rutilante traje, de un justillo de terciopelo empedrado de lentejuelas dispuestas en palmas y algo así como berenjenas grandes como puños; con esquineros de estrellas de similar, y cadeneta de galón de oro para rematar, terminando este justillo ó jubón en una enagueta muy mona que llegaba hasta las rodillas, con dibujos de dragones chinos y medias lunas: aquellos bordados con gusanillo de oro y éstas recortadas en vidrio azogado. El cinturón, del cual pendía un espadín de plaza, era cuanto había que ver de más espléndido, pues era de raso azul marino bordado al realce en oro puro, y con tan peregrino primor, que para encontrar algo semejante habría que ir á comprarlo con la orla de la túnica del Nazareno de San Pabloy; no hay más que ponderar. Las medias eran de color salmón, salpicaditas de lentejuelas; las zapatillas de raso azul celeste recamadas de dobles y granates, subiendo de ellas, y enreajando las pantorrillas, unas cintas encarnadas, cumplidas y vistosas.

Sobre los hombros manto escarlata tachonado de estrellas recortadas en hojilla metálica de varios colores; guarnecido dicho manto por costosa franja, ancha de un jeme, de armiño vegetal, que el vulgo llama algodón; y en la cabeza una como diadema formada de un cintillo de cartón cubierto de hojilla tornasol, con la parte superior circundada por manojitos de plumas de los tres colores del pabellón nacional, y colgando de la parte inferior hasta los hombros, y de la raíz de una oreja á la

raíz de la otra, sendos graciosísimos entorchados compuestos de obleas de pana negra y canutillos interpuestos, que de lejos parecían canelones de mujer ó colgajos de guerrero asirio.

Henchido como nunca se vió, estaba el teatro; y cuando apareció Laureano en la escena del Consejo, como un sol de luz y de hermosura, estalló un aplauso semejante á la descarga de diez baterías de sitio. Laureano eclipsaba con su traje á los de sus seis compaños de Consejo, en cuyo promedio marchaba poseído de grandeza. Todo su rapel se reducía á llegar, tomar asiento y decir:—“pues señores, deliberemos.” Llegó, se sentó; pero como alcanzase á ver en la primera fila del auditorio á sus parroquianos los estudiantes, que le miraban con picaresca sonrisa, cortóse hasta los tuétanos, se le fue el mundo, y con el mundo se le fueron también las cuatro palabras que con tanto trabajo se había aprendido. El silencio era profundo y temeroso; pero Laureano no daba señales de querer decir esta boca es mía. Mirábanle azorados los consejeros, hacíale señas con el libreto el apuntador, mas todo en vano. El pobre hombre estaba como convertido en tronco. Al cabo de un minuto de espantoso silencio, que duró como si fuese un siglo, comenzó á bullir la estudiantina, y Laureano, que sabía lo que aquel ruido prometía, salió de su alelamiento, y poniéndose de pie con alguna precipitación dijo, con voz aflautada é insegura, á los consejeros, pero sin quitar el ojo á los estudiantes:

—Pues, señores, determinemos el dirmos!

Y poniendo por obra las palabras se dirigió á tomar las de Villadiego por la puerta del foro, pero no lo hizo tan velozmente que no le alcanzase por la espalda una fusilada de papas y manzanas podridas y toda una nidada de huevos hueros; en medio de salvaje gritería y silbos ominosos; que tal era el modo indirecto que el público de aquel teatro tenía para expresar su disgusto por los malos actores.

El carácter de Laureano, después de la noche aquella, experimentó notable cambio. El bochorno y el desengaño envenenaron su ingénita dulzura para el resto de su vida.

Cuando sonó la hora de la demolición de la arcada y los tenduchos de la plaza, no estaba Laureano en su querida frutería, sino allá en un rincón del cementerio; sabe Dios si protestando sus cenizas contra aquello que debió parecerle una profanación en nombre del Progreso.

N. BOLET PERAZA.

Greenwood Lake, Estados Unidos, Julio de 1891.

NECROLOGIA

La muerte ha herido de nuevo y con más saña aún el respetable hogar de nuestro querido amigo el señor Emilio Conde. Pocos días ha, acompañamos el cadáver de la noble hermana, y hoy volvemos á andar junto al amigo la vía dolorosa de la tumba donde reposa para siempre PEDRO EMILIO, el primogénito, elevada mira de las esperanzas é ilusiones paternas. Hasta ese día fatal fueron felices los esposos, porque si conocieron las ordinarias tribulaciones de la vida, siempre tuvieron para compensarlas las caricias del amado hijo; mas no así en lo futuro que la sombra del querido muerto estará siempre ante la vista de sus padres, y así verán ellos amargados de continuo todo momento de placer. Padres también nosotros, comprendemos todo el horror de su desgracia, y la impotencia de llevar consuelo á sus desgarrados corazones. Vaya para ellos la sincera compasión de nuestro afecto.

Nuestro muy querido amigo Emilio Calcaño acaba también de perder á su tierno hijo EMILIO. Pobre amigo nuestro, que apenas comienza á formar una digna familia y ya se ve forzado por la negra suerte á sonreír ante una cuna y á llorar sobre una tumba. Reciba la familia Calcaño nuestro sentido pésame, y en especial y muy sincero el padre de EMILIO.

BIBLIOGRAFIA

De manos de nuestro amigo el señor Recaredo T. Arteaga recibimos un ejemplar de los *Preludios* de que es autor el señor Rafael de Castro Palomino. Nunca edición más fina y nítida se empleó como continente de más precioso contenido. En efecto: las rimas becquerianas del señor Palomino son joyas delicadísimas, cuya lectura nos ha proporcionado un rato de bella amenidad.

Damos gracias por el obsequio al señor Arteaga y recomendamos al público el selecto libro.

EL CIRCULO

DEDICADO AL SEÑOR DON RAMIRO GIL DE URIBARRI

Por H. O.

The musical score is written for piano and consists of ten staves. The first staff begins with the word "Piano" in a cursive script. The music is in 3/4 time and features a key signature of one sharp (F#). The notation includes various musical symbols such as notes, rests, and dynamic markings. The score concludes with a double bar line and the word "Fin" written in a decorative, cursive font.

HOJAS SUELTAS

PARA "EL COJO ILUSTRADO"

EL MAESTRO PEDRO

A MI SABIO AMIGO EL SEÑOR DOCTOR ARISTIDES ROJAS

I

Era yo muy niño aún, cuando le conocí en mi antiguo hogar, al que iba con frecuencia el pobre viejo; y recuerdo que, embebecido en sus canciones, estuve muchas veces sentado sobre sus rodillas.

De genio alegre y chispeante, de natural talento, de carácter afabilísimo, cautivaba con su trato; y, aunque carecía de instrucción, atraía con su palabra, pues, en sus horas de expansiones, acostumbraba sazónarla con el oportuno epigrama.

Había servido como artillero en la lucha épica de nuestra Independencia: siendo tal el entusiasmo que revelaba al hablársele de la Patria, que las lágrimas inundaban los ojos del olvidado veterano.

Olvidado, sí!

Que el olvido fué el premio concedido por la Patria á los merecimientos de aquel soldado: el mismo premio que han obtenido tantos humildes lidiadores de nuestra cruzada redentora; no, por humildes, menos esforzados ni menos dignos de la gratitud nacional.

Así es la justicia, así es la moral de los hombres.

¡Y se llega hasta á considerar como envidiable gloria el desprecio hacia las más ciertas y legítimas glorias!

¡Y, con rarísimas excepciones, no se tiene para los verdaderos servidores de la humanidad, ni siquiera la limosna de un pensamiento!

II

Llegó á ser un tipo perfectamente popular; y como vivía consagrado á la industria de hacer zapatos, para medio vivir siquiera, era generalmente llamado *El Maestro Pedro*.

Con la más íntima fruición solía entonar algunos de los cánticos que, en aquellos días gloriosos del nacimiento de la República, fueron compuestos en honor de BOLÍVAR, á quien el pobre viejo había conocido tres veces, según gráfica expresión suya, con la cual quería decir que había visto al Libertador en tres distintas ocasiones.

Y tal número de coplas poseía, recogidas en sus correrías por el mundo, y con tal gracia las recordaba, que si, *pulsando* un par de maracas,—para lo que era El Maestro Pedro una especialidad,—al són de éstas las cantaba, al instante un corro le circuía, que oyéndole se deleitaba.

En los últimos años de su existencia,—le faltaron muy pocos para una centuria,—vivía de la caridad pública; y no teniendo,—decía,—más techos que los aleros que dan hacia la calle, para olvidar las penas se ponía "*turulato*".

Era entonces de oírle; los innumerables cantares que sabía se le venían á los labios unos tras otros con pasmosa celeridad, como sencillas perlas que á influjo de la *inspiración*, fuese sacando del estuche de su memoria.

Yo gozaba mucho escuchándole; y, aprovechando sus ratos de buen humor, le excité diferentes veces á recordar algunas de las referidas coplas, pudiendo reunir las siguientes, que conservo escritas tales cuales las entonaba El Maestro Pedro, y entre las que hay varias que encierran profundos pensamientos.

III

Helas aquí:

No hay corazón como el mío,
que siente y calla sus penas:
corazón que siente y calla
no se encuentra donde quiera.

Si porque te estoy queriendo
me estás haciendo mal modo,
anda, vete noramala,
que yo con tu amor no como.

Camisa, yo no la tengo,
calzón, yo no lo conozco;
enamorado perdido
y hambre que me vuelvo loco.

Por un tropezón que dí
todo el mundo murmuró;
otros tropiezan y caen,
¿cómo no murmuro yo?

Yo estoy queriendo una negra,
todo el mundo lo murmura;
yo no busco calidades:
déjenme así mi zamura.

A nadie le ha sucedido
lo que á mí me sucedió:
teniendo el agua en los labios,
vino otro y se la bebió.

Muerte, si otra muerte hubiera
que de tí me libertara,
á otra muerte le pagara
porque á tí muerte te diera.

Señora Juana Bautista,
yo la quiero mucho á usted;
usted se muere por otro,
este mundo es al revés.

—Mariquita, dame un beso,
que tu madre lo mandó.

—Mi madre manda en lo suyo,
y en lo mío mando yo.

Me quisiste, yo te quise;
me olvidaste, te olvidé;
me faltastes al cariño:
nada te quedo á deber.

Maricela se ha perdido
en el camino e Caracas;
su madre la anda buscando
con el cinco y las maracas.

Si por pobre me desprecias,
digo que tienes razón:
hombre pobre y leña verde
arden cuando hay ocasión.

Anoche, á la media noche,
me mandastes á avisar
que tenías amores nuevos:
Dios te los deje gozar.

¡Fuego, fuego, mi zamba,
fuego, fuego y no más:
que por una mala lengua
se quema una vecindad!

Dicen que la brasa quema,
pues hay otra cosa peor:
la brasa quema y se apaga,
y una mala lengua no.

Mire, amigo, no se case,
goce de su mocedad;
deje casar á los viejos
para ver cómo les va.

Ya me voy, ya me despido,
mañana será mi viaje:
dame un besito, mi vida,
para mi matalotaje.

¿Con que te vas y me dejas,
y no me dices adiós?
Para la falta que me haces,
lo mismo es mañana que hoy.

Mírenla como se va
diciendo que me quería,
y no se quiere acordar
del amor que le tenía.

Ayayayay que me voy,
ayayayay que me vengo,
y la prenda que yo estimo
en mi corazón la tengo.

El amor del hombre pobre
es como el del gallo enano,
que en correr y no alcanzar
se la pasa todo el año.

Las mujeres son el diablo,
parientas de Lucifer:
se visten por la cabeza,
se desvisten por los pies.

La mujer que quiere á dos,
quiere á tres y quiere á cuatro,
tiene la vida de un perro
y la conciencia de un gato.

La mujer que quiere á dos
es discreta y entendida:
si una vela se le apaga,
otra le queda encendida.

A llorar mi pensamiento
en la cama me senté:
á considerar tan lejos
lo que tan cerca soñé.

¡Qué cuidado se me da
que tú de mí no hagas caso!
Boté lo que no servía,
de mi trapiche el bagazo.

Para que dijiste sí,
traidora, teniendo dueño;
si sabes que no se goza
con gusto lo que es ajeno.

A mí me llaman el sucio,
será porque no me lavo;
pero un consuelo me queda:
la cáscara guarda el palo.

Cada rato considero
y vuelvo á considerar
lo poco que vale un hombre
cuando no tiene que dar.

Ayer me dijiste que hoy,
hoy me dices que mañana;
y mañana me dirás:
—se me quitaron las ganas.

Me voy, me voy, despidiéndome
de tu sala y corredor,
y de tí no me despido,
prenda de mi corazón.

A la muerte, con ser muerte,
se le rinde la obediencia:
muerte, si me has de llevar
no trabajes la paciencia.

Mañana me voy de aquí,
ninguno tenga qué hablar:
que es maña del que se queda
hablar mal del que se va.

Maestro Luciano Guevara,
alúmbreme con su vela,
y me verá la rodilla
pegada á la choquezuela.

Malditos sean tus ojos
y tu modo de mirar,
que para decir que no,
no es preciso regañar.

Mi madre se llama arepa,
y mi padre maíz tostado;
miren las horas que son
y no me he desayunado.

Dicen que los barrigones
son los amos del dinero;
yo tengo tamaña panza,
¿cómo no tengo ni un huevo?

Cuando el hombre llega á viejo
todas son contradicciones:
se le acorta la camisa,
se le alargan los calzones.

Todo un año trabajando
y las noches sin dormir;
por la mañana jeringa,
¿quién te lo podrá sufrir?

Algún día, bien del alma,
con las mudanzas del tiempo,
llorarás como yo lloro,
sentirás como yo siento.

IV

Réstame sólo añadir, para terminar, que El Maestro Pedro murió, ha pocos años, en la Casa de Beneficencia y que, probablemente, ni siquiera una tosca piedra señala el sitio de su fosa en Tierra de Jugo.

DOMINGO ALAS.

REVISTA DE LA QUINCENA

Si alguna vez oyen ustedes decir que el autor de estas revistas ha cometido un homicidio, no se molesten en preguntar en qué persona ha caído la perpetración del delito. Sepan desde ahora que si tal cosa sucediere algún día, la víctima no será otra que un cajista de imprenta.

Probaría en el proceso que he sido provocado por los cajistas desde que empecé á escribir y presentarlos como cuerpo de delito todos mis escritos publicados. No hay uno siquiera donde los cajistas no hayan hecho alguna de las suyas.

No les perdonaré nunca un *Liverpool* que apareció en una revista como está escrito, no obstante haberlo corregido yo, y unas *preceas*, así, con c, con que me calumniaron en la revista anterior, sin hacer caso de la protesta solemne que hice en la prueba borrando la consabida c y poniendo al margen una s minúscula, inglesa, de perfiles delicados y gruesos enérgicos.

Dios les libre á ustedes de emplear dos veces la misma palabra en un párrafo; de fijo que el cajista se come todo lo que encuentra entre una y otra, y se queda tan campante!

Ni escuchan los quejumbrosos reclamos del sentido después de una de esas mutilaciones feroces.

En una revista de teatro dije una vez hablando del tenor y el barítono que no se sabía cual era mejor, y el cajista me hizo decir que no se sabía cual era mujer.

Si le hubiera tenido cerca de mí le hago comer yeso y luego beber agua.

¿Cuánto puedo añadir es qué entre un cajista y un Zoilo, apechugo con el último.

*

La prensa de Caracas se ha aumentado con la aparición de un periódico diario que dedica en su mayor parte el número del sábado de cada semana á la publicación de producciones literarias de escritores venezolanos y extranjeros. Redundó esto en honra del Director del *Diario de Caracas*, joven ilustrado y escritor disertado de la nueva generación, quien comprende que es incompleta la acción civilizadora de la prensa si ésta, empeñada en la lucha á que convidan así los intereses de la política como otros del momento, echa en olvido de cuánto estímulo ha menester entre nosotros el cultivo de las letras, vistas como objeto de mero pasatiempo, y amenazadas, sería, muy seriamente del público desprecio, si, dejando la inteligencia de ser celosa de sus fueros, abre brecha á la invasión del lucro que aniquila cuanto de puro y levantado atesora el espíritu de un pueblo.

La prensa, á cuya existencia es esencial el cultivo de las letras, es al mismo tiempo el auxiliar más poderoso de aquella aplicación tan noble del espíritu. Es élla la que da aliento á las nacientes facultades; élla la que debe aplaudir el bien encaminado intento y reprimir el torcido; élla la que hace de periódicos y libros graneros donde se acopia el fruto del trabajo intelectual; élla la que ofrece vehículo sin par á las ideas en su paso del cerebro donde nacen al cerebro donde prenden para germinar de nuevo y seguir de luego á luego transformadas y triunfantes el viaje del progreso.

Desde que un periódico demuestra, en cuanto estima tiene el dón del pensamiento y el dón no menos grande de expresarlo cabal y abillantado, y esto donde en tan poco aprecio se tienen tales cosas, muy levantado espíritu acusa en quien al crear el nuevo órgano rinde homenaje merecido y coloca en justa altura ideal tan noble.

Saludamos con elusión al *Diario de Caracas*.

*

Como afectuoso recuerdo me ha enviado Diego Jugo Ramírez el libro de poesías que acaba de publicar con el título de *Armonías Filosóficas y Literarias*. El libro empieza con un prólogo, obra de la brillante pluma del Doctor Manuel Dagnino; vienen después unas cincuenta compo-

siciones poéticas del autor y luego un apéndice formado de ocho juicios críticos sobre diversas obras de Jugo Ramírez. De fama no circumscribita á la patria, antes bien reconocida en el mundo de las letras castellanas, goza este galano poeta y versado prosista, enamorado siempre de altísimos ideales. Basta hojear cualquiera de las obras de Jugo Ramírez para comprender cómo es la convicción de hermosísimas verdades la que pone en sus manos la lira, antes para loar con muy sentidos cantos lo que á la fantasía seduce y al corazón cautiva, que para hacer alarde vano de artista primoroso. Canta entusiasmo á sus creencias; canta sencillez y sincero á los ternísimos afectos del hogar; canta á la patria, canta á cuanto es digno de recibir el homenaje excelso de la poesía.

El nuevo libro de Jugo Ramírez viene á acrecentar el hasta ahora escaso caudal de nuestras letras, cuando pocos, muy pocos son los que hacen esclavo el desengaño, prescindible el estímulo y se mantienen al aplauso y al denuedo indiferentes; como que saben á cuál objeto sirven, en qué obra trabajan y á qué fin preclaro tienden. No poca abnegación exige esto ni mayor premio alcanza que el constante del deber: la satisfacción de darle cumplimiento.

Que tenga tan noble ejemplo imitadores y que siga Jugo Ramírez para bien de las letras, para honra suya y para mayor prestigio de sus levantados ideales, pulsando la áurea lira.

*

El estreno en Caracas de *Mariana*, obra dramática de Don José Echegaray premiada por la Real Academia Española de la Lengua, ha promovido encontrados pareceres sobre la obra, tanto entre los que ejercen de críticos en la prensa como entre aquellos cuyos juicios se quedan en los pasillos del teatro ó cuando más se emiten ante reducidos círculos privados.

No soy de los que aplauden incondicionalmente á Echegaray, ni menos de los que no le acuerdan su legítimo derecho á ocupar el primer puesto entre los autores dramáticos españoles. Es el buen éxito evidente y ello se debe no como dicen algunos á la sorpresa que en el ánimo produce la contemplación de caracteres imposibles, ni, como dicen otros, sólo á las bellezas del estilo. Conduciría lo primero únicamente á detestar las obras de aquel autor, y lo segundo quedaría anulando al ser ellas verdaderas en otras lenguas. No sucede ni lo uno ni lo otro: el público no solo no detesta sino que aplaude á Echegaray, y las obras de éste son verdaderas en otras lenguas quedando incólumes en las cualidades constitutivas de su excelencia incuestionable.

Débase el buen éxito, y creo no estar en ello errado, á que Echegaray explota riquísima vena: las pasiones del teatro. Las pasiones de la sociedad tales como son en lo íntimo del ser humano y obrando con fin determinado, desprovistas de cuanto en la vida real las dilata ó dilata su acción, de cuanto llevado al teatro destruiría el efecto artístico.

La pasión de la venganza dirige todos los actos de Mariana. No puede ejercerla en Alvarado y la descarga sobre el rendido amorador á quien martiriza, á quien lanza por dos veces al campo de la muerte. La descarga en Don Pablo á quien se une sin amor, á quien ultraja al presentarse resuelta á ser infiel antes de ser esposa. Entonces es que ciega, sin un rayo de luz que penetre en las tinieblas con que la venganza ha envuelto su espíritu se arroja en brazos de la muerte para vengarse en el hijo de Alvarado, en Don Pablo, en sí misma.

Si no se exhibe de ese modo á las pasiones en el teatro ¿de cuál otro se las exhibe si el fin es la enseñanza? O prescindase del fin ó preséntese lo real: el bien y el mal llevando en sí mismos el premio y el castigo temporales.

*

En junta extraordinaria y solemne fué recibido anoche en la Academia Venezolana de la Lengua é incorporado á ella como individuo de número el señor Pbro. Dr. Don Juan B. Castro, Arceidiano de la Catedral de Caracas. Elocuente orador sagrado, castizo y elegante escritor y notable controversista, con muy justo título ocupa el señor Doctor Castro un sillón en la Aca-

demia, á cuyas labores lleva el valiosísimo concurso de sus luces, de sus profundos conocimientos literarios y científicos, de su infatigable aptitud para el trabajo y por sobre todo las bendiciones de lo alto, siempre prontas á caer, para fecundarlo, sobre todo cuanto tiende al mejoramiento del espíritu acercándolo á su excelso origen.

Vista con agrado universal es en Caracas la entrada á la Academia del sabio y virtuoso sacerdote para cuyos innumerables amigos y admiradores ha sido el de ayer día de justo regocijo.

Ya el público debe de estar en posesión del elocuente discurso pronunciado por el nuevo académico, como del no menos elocuente que en contestación á aquél dijo el señor Dr. Saluzzo. Ambos han circulado impresos en folleto.

LOS DOS MESONES

CUENTO

Regresaba de Nimes, una tarde de julio. Hacía un calor abrumador. Hasta el alcance de la vista, el blanco camino abrasado se extendía lleno de polvo por entre huertos de olivos y chaparros de encina, bajo un ancho sol de plata mate que bañaba de luz todo el cielo. Ni una mancha de sombra, ni un soplo de viento. Nada más que la vibración del aire cálido y el estridente cantar de las cigarras, música loca, ensordecedora, de compás precipitado, que parece la sonoridad misma de aquella inmensa vibración luminosa. . . Dos horas llevaba caminando en pleno desierto, cuando de pronto destacó ante mí, entre el polvo del camino, un grupo de casas blancas. Era el llamado relevo de San Vicente: cinco ó seis *masías*, largos hórreos con techumbre roja, un abrevadero sin agua entre un ramillete de higueras raquílicas, y, á lo último de todo, dos grandes posadas frente por frente, á uno y otro lado de la carretera.

La proximidad de esos mesones tenía algo de chocante. A un lado, un gran edificio nuevo, lleno de vida y animación, con todas las puertas de par en par, la diligencia parada delante, desenganchando los caballos que echaban humo, los apeados viajeros bebiendo á toda prisa en la breve sombra de las paredes; el patio atestado de mulas y carretas; cosarios tumbados bajo los cobertizos, esperando la fresca. Dentro, gritos, juramentos, puñetazos en las mesas, choque de vasos, estrépito de billares, tapones de limonada que saltaban; y, dominando todo ese tumulto, una voz alegre, estruendosa, que cantaba hasta hacer temblar los vidrios:

"Levántase á la aurora
La bella Margotón;
Con cántaro de plata
Por agua se marchó. . ."

La posada de enfrente, por el contrario, estaba en silencio y como abandonada. Hierba en el zaguán, postigos rotos, en la puerta una rama de acebo seca colgando como un penacho viejo, los escalones del umbral apuntalados con piedras del camino. . . Todo ello tan pobre y lastimero, que, verdaderamente, era una obra de caridad pararse allí á echar un trago.

Al entrar encontré una larga sala desierta y tétrica, y más tétrica y desierta aún por la deslumbradora claridad de tres grandes ventanas sin cortinas. Algunas mesas cojas donde había tirados vasos deslucidos por el polvo, una rota mesa de billar que tenía sus cuatro troneras como artesas, un diván amarillo, un mostrador viejo, dormían allí entre un calor malsano y pesado. Pues, ¿y moscas! ¿Moscas? En mi vida he visto tantas: en el techo, pegadas á los vidrios, en los vasos, por enjambres. . . Al abrir la puerta hubo un zumbido, un batir de alas, como si entrase en una colmena.

En el fondo de la sala, en el marco de una ventana, había una mujer de pie contra los vidrios, ocupadísima en mirar afuera. La llamé dos veces:

—¡Eh, patrona!

Volvió la cabeza con lentitud y me permitió ver una pobre cara de campesina, rugosa, agrietada, térrica, con una papalina larga de encaje rojizo, como las gastan entre nosotros las ancianas. Sin embargo, no era vieja; pero las lágrimas le habían marchitado todo.

—¿Qué se le ofrece á usted?—me preguntó, enjugándose los ojos.

—Sentarme un momento y beber cualquiera cosa. . .

Mirábame muy absorta, sin moverse de su sitio, como si no comprendiera.

—¿No es un mesón esto?

La mujer suspiró contestando:

—Sí, señor . . . es un mesón, si usted no lo toma á mal . . . Pero ¡por qué no va usted ahí en frente, como los demás! Es mucho más alegre . . .

—Demasiado alegre para mí . . . Prefiero permanecer en el establecimiento de usted.

—Y sin aguardar su respuesta, me instalé delante de una mesa.

Cuando estubo bien segura de que hablaba yo de formalidad, la mesonera se puso á ir y venir con aire muy ocupado, abriendo cajones, removiendo botellas, enjugando vasos, quitando las moscas . . . Comprendíase que era todo un acontecimiento el tener un viajero á quien servir. A veces se paraba la infeliz, echándose las manos á la cabeza como si deseara de poder cumplir.

Luego pasaba á la pieza del fondo; oíala yo mover grandes llaves, dar vueltas á las cerraduras, registrar en el arca del pan, soplar, limpiar con los zorros, lavar los platos. De vez en cuando, un hondo suspiro, un sollozo ahogado . . .

Después de un cuarto de hora de ese trágico, me puso delante un plato con *passerilles* (uvas pasas), un pan viejo de Beaucarre más duro que piedras, y una botella de ese vinillo ínfimo que se llama aguapié.

—Está usted servido—dijo la extraña criatura; y volvió á tomar á escape su sitio detrás de la ventana.

Mientras bebía, pretendí hacerla hablar.

—Aquí no viene mucha concurrencia, ¿no es así, buena mujer?

—¡Oh! No, señor; nunca entra un alma . . . Cuando éramos solos en la comarca, era diferente: teníamos el relevo de caballos, comidas de caza durante el tiempo de las aves marinas, carros todo el año . . . Pero desde que han venido á establecerse los vecinos, lo hemos perdido todo . . . A la gente le gusta más ir enfrente. Nuestra casa la encuentran demasiado triste . . . El hecho es que el establecimiento no es muy agradable. Yo no soy guapa, tengo tercianas, mis dos hijas han muerto . . . Ahí abajo es muy distinto: siempre hay risa. Una arlesiana es quien sostiene la posada, una mujer guapetona, con encajes y cadena de oro de tres vueltas al cuello. El mayoral, que es amante suyo, le trae la diligencia. Con un montón de pindongas por camareras . . . ¡Así tiene de parroquianos! Tiene por suya toda la juventud de Bezonces, de Redessan, de Jonquières. Los ordinarios dan un rodeo por parar en su casa . . . Y yo me estoy aquí todo el santo día consumiéndome sin nadie.

Decía todo este con voz distraída, con indiferencia, con la frente siempre apoyada en los vidrios. Era claro que algo la preocupaba en el otro mesón.

De pronto, hubo gran movimiento al otro lado de la carretera. La diligencia se zangoloteaba entre el polvo. Oíanse latigazos, toques del zagal con el cuerno, y á las mozas del mesón asomadas á la puerta, gritando:

—*Adinsias, adinsias!* (Adiós, adiós.)

Y por encima de todo sobresalía el vozarrón de antes, siguiendo á más y mejor:

“Con cántaro de plata
Por agua se marchó;
Tres caballeros llegan,
Con lanza y con trotón . . .”

Al oír aquella voz, la mesonera tembló con todo su cuerpo; y, dirigiéndose hacia mí, me dijo en voz baja:

—¿Oye usted? Es mi marido . . . ¿No es verdad que canta bien?

La miré atónito.

—¿Cómo? ¿Su marido de usted! . . . ¿De modo que también él va ahí abajo?

Entonces ella, con aire lastimero, mas con una gran dulzura, me contestó:

—¿Qué quiere usted, señor? Los hombres son así, no les gusta ver llorar; y yo lloro de continuo, desde la muerte de las niñas . . . Luego, ¡es tan triste esta gran barraca donde nunca hay nadie! . . . Entonces, cuando se aburre demasiado, mi pobre José marcha enfrente á beber; y como tiene buena voz, la arlesiana le hace cantar. ¡Silencio! . . . Ahora vuelve á empezar.

Y temblorosa, con las manos adelante y derramando unos lagrimones que la hacían parecer aún más fea, estaba allí como en éxtasis, delante de la ventana, oyendo cómo su José cantaba para la arlesiana:

“La saludá el primero:
¡Buenos días, mi amor!”

ALFONSO DAUDET.

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

Ciertos días de fiesta, bandadas de jóvenes, que salían de las tabernas ó regresaban de Paimpol, pasaban por delante de la cabaña de los Moan con dirección á Pors-Even. Por lo general, eran los más aficionados á correr tormentas, dándoseles un ardite del frío y de la lluvia, cosas de que estaban acostumbrados á mofarse toda su vida. Gaud, cuando los sentía pasar, tendía el oído á sus canciones y á sus gritos, tratando de discernir si á aquellas voces de hombres ebrios se mezclaba la de Juan, y sintiéndose presa de una turbación extrema cuando creía reconocerla.

La joven encontraba muy criticable, por parte de un muchacho pundonoroso como Juan, aquello de no haberlas vuelto á visitar, y el traer una vida alegre y divertida, estando tan reciente la muerte de Silvestre. No; tales cosas no le parecían propias del carácter de Juan, tal como á ella se lo habían pintado. Y sin embargo, no podía decidirse á creer que fuese un hombre de malos sentimientos.

La verdad era que, desde su regreso de Islandia, Juan hacía una vida disipada que no le era habitual.

Desde luego, habían hecho en octubre la acostumbrada expedición al Golfo de Gascuña, expedición que para los pescadores islandeses es siempre una partida de placer, porque los capitanes de sus respectivas embarcaciones les adelantan algún dinero para divertirse, á cuenta de las partes de la pesca que han de cobrar en el invierno. Fueron, pues, como todos los años, á hacer provisión de sal, y Juan aprovechó la ocasión para reanudar relaciones con cierta morena de San Martín de Re, con la que ya había andado en galanteos el precedente otoño. Habíanse paseado juntos, á los últimos rayos del sol alegre, por las viñas llenas de cánticos de alondras y embalsamadas por los racimos maduros: juntos habían cantado y bailado hasta perder el juicio en las veladas de la vendimia, y embriagándose de amor y de vino dulce.

De allí la *Maria* navegó hasta Burdeos, donde Juan empleó ocho días en adorar á una rubia de formas opulentas, que hacía las delicias de un café cantante muy concurrido por marineros.

De vuelta en Bretaña en el mes de Noviembre, había asistido á la boda de varios de sus amigos, muy engalanado con su vestido nuevo, y en todas ellas bailó como un descosido y bebió como un odre. No trascurría para él una semana sin alguna aventura nueva, que las muchachas de Paimpol y de Pors-Even referían á Margarita, exagerándolas.

Tres ó cuatro veces lo había visto venir desde lejos, por el camino de Ploubazlanec, pero siempre á tiempo de poder evitar el hablarle: él, por su parte, en cuanto la veía, tomaba por la landa, con el mismo objeto. Hufan el uno del otro, como obedeciendo á una especie de convenio tácito.

XXIX

Había en Paimpol una mujer muy gruesa, llamada la señora Tressoleur, dueña de una taberna, famosa entre los pescadores, y á la que armadores y capitanes iban á escoger sus tripulaciones y á contratar los marineros más hábiles y fuertes, bebiendo en su compañía.

Esta señora Tressoleur había sido guapa, y todavía coqueteaba con los concurrentes á su establecimiento, á pesar de cierto abundante vello que ornaba su labio superior, prestándole un aspecto de cantinera bajo su gran cofia blanca de religiosa. En su cabeza, como en un registro, estaban inscritos los nombres y circunstancias de todos los marinos del país; conocía á los buenos como á los malos; sabía con exactitud lo que ganaban y lo que valía cada cual.

Un día del mes de enero, Gaud, llamada por la señora Tressoleur para hacerle un traje, estaba cosiendo en una habitación que comunicaba con el local ocupado por los bebedores por una puerta de cristales. La sala común era espaciosa y baja de techo, y en las paredes había muchos cuadros representando naufragios, abordajes y otras escenas marítimas. En un ángulo se veía la indispensable Virgen de barro pintado, con sus correspondientes ramos de flores contrahechas.

Gaud, sin abandonar un punto su costura, apli-

caba el oído á una conversación que tenía lugar sobre las cosas de Islandia, entre la señora Tressoleur y dos parroquianos que bebían delante del mostrador.

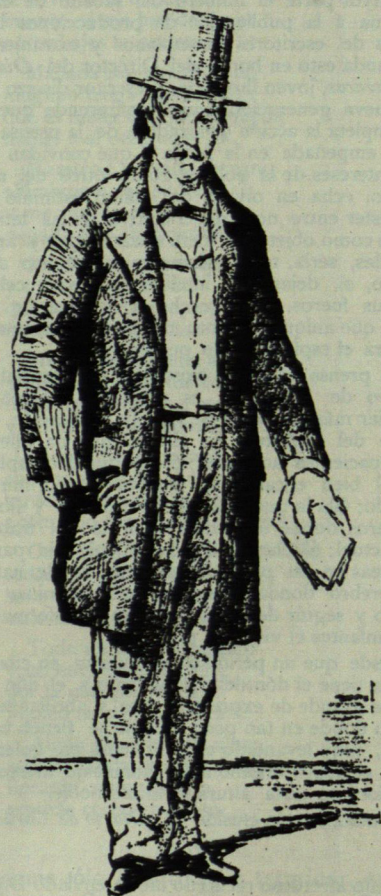
Los tres discutían á propósito de un hermoso barro nuevo que se estaba aparejando en el puerto, y aseguraban los parroquianos no ser posible que la *Leopoldina* estuviese lista para la próxima campaña.

—¿Pues no ha de estar lista?—decía la tabernera.—Os aseguro que ayer quedó completa su dotación: todos los que tripulaban la *Maria*, patrón Germeur, van á la *Leopoldina*, porque el otro barco lo van á vender por leña, á causa de que es tan viejo que no podría resistir otro viaje. Vuelvo á aseguráros que ayer mismo, aquí, con mi propia pluma, han firmado el contrato cinco muchachotes, y de primer orden, podéis creerme: Laumeç, Carof, Ivan, Duf, el hijo de Keraez y Juan Gaos el de Pors-Even, que vale él solo por tres marineros.

¡La *Leopoldina*! . . . el nombre del barco que iba á ser el de Juan quedó fijo desde aquel instante en la memoria de Gaud como la incrustación queda fija al hierro.

Cuando volvió por la noche á Ploubazlanec, para proseguir su obra de costura á la luz de la pequeña lámpara, no tenía en la cabeza más que aquel nombre, cuya sola consonancia la impresionaba de una manera triste. Los nombres de las personas y los de los barcos tienen una fisonomía por ellos mismos: casi un sentido. Y aquella *Leopoldina*, nombre nuevo, inusitado en la matrícula del país, la perseguía con una persistencia que no era natural; se convertía en una especie de obsesión siniestra. ¡Ah! ella esperaba que Juan haría su próxima expedición de pesca en aquella *Maria* que conocía desde largo tiempo, y á cuyo bordo recordaba haber estado una vez: tenía confianza en el viejo barco, cuyos peligrosos viajes había protegido la Santa Virgen tanto tiempo, y el cambio de la *Maria* por la *Leopoldina* la llenaba de inexplicable angustia.

Continuará



Antiguos tipos populares de Caracas
EL POETA LANDART